

¿Ruralia de nuevo? ¹

(Desarrollo local en el marco de la urbanización global)

Artemio Baigorri²

(Publicado en Manuel García Docampo, ed., *Perspectivas teóricas en desarrollo rural*, Netbiblo, A Coruña, 2007, pp. 193-231)

Introducción

Hablar de Desarrollo Local hoy, en uno de los países más ricos y desarrollados del planeta, está fuera de contexto. Intentaré explicar por qué razón.

Durante los siglos XIX y XX preocupó el desarrollo económico de las naciones, y el desarrollo local no podía entenderse sino como *desarrollo rural*, que a su vez no era otra cosa que la urbanización del mundo. Pero durante las últimas décadas del siglo XX la crisis económica, derivada de la energética de los años '70, llevó la preocupación por lo local a las ciudades, que parecían vaciarse y entrar en depresión conforme veían desmoronarse sus chimeneas. El *nuevo localismo*, como siempre importado de los USA, alimentó los sueños de barrios y ciudades industriales en crisis, hasta que la economía mundial se recuperó, en el últi-

¹ Este trabajo no utiliza referencias bibliográficas. Es fruto de la recombinação y reescritura (producto postmoderno al fin) de trabajos realizados por el autor sobre el tema, el más antiguo de los cuales es el informe "Escatrón, la identidad perdida", escrito para el libro colectivo dirigido por Mario Gaviria, *El Bajo Aragón expoliado. Recursos naturales y autonomía regional* (1976), y el más actual de los cuales es el capítulo "Ruralia, el jardín de la urbe global", para el volumen colectivo *Arquitectura Popular*, todavía en prensa. En especial recoge lo aportado en los artículos "La urbanización del mundo campesino" (DOCUMENTACIÓN SOCIAL, 51, pp. 143-158, 1983); "Perspectivas globales. Tendencias y desafíos planetarios entre los rurales" (EXTREMADUDA, 2, pp. 49-57, 1992); "De lo rural a lo urbano" (V Congreso Español de Sociología, Granada, 1995); "De la terra ignota al jardín terrenal. Transformaciones en los usos y funciones del territorio en la urbe global" (CIUDADES, 4, pp. 149-164, 1998); "La naturaleza social de la naturaleza" (capítulo del libro colectivo coordinado por M. Pardo, *Sociología y Medio Ambiente*, 1999), "De la cultura a las industrias culturales" (ANUARIO CULTURAL DE EXTREMADURA, 1998); "Modelos de desarrollo rural y sostenibilidad. Enfoques para la Europa mediterránea" (capítulo del libro colectivo coordinado por J. Labrador y M.A. Altieri, *Agroecología y Desarrollo*, 2001). Así como en alguno de mis libros: *El campo riojano* (co-dirigido con Mario Gaviria, 1984), *Agricultura periurbana* (con Mario Gaviria, 1984) y *Hacia la urbe global* (2001). Y finalmente las experiencias y conocimientos derivados de algunos proyectos de Urbanismo y/o Ordenación del Territorio especialmente significativos para la conformación de mis presupuestos teóricos, como el Plan de Ordenación del Alfoz de Burgos (1977), los PGOU de Alicante (1981), Puerto de Santa María (1981) o Badajoz (1985), y muy en especial el "Estudio Territorial Extremadura I", dirigido entre 1991 y 1992. Quien desee hacer una revisión crítica a fondo, o localizar referencias de forma más detallada (pues por supuesto se citan a todos aquellos autores de quienes se han utilizado ideas, conceptos o datos de interés) puede localizar algunos de dichos trabajos previos en la página web personal del autor: <http://www.unex.es/eweb/sociolog/BAIGORRI>. Debo agradecer los comentarios y correcciones hechas al original por la profesora Georgina Cortés, de la Universidad de Extremadura.

² Artemio Baigorri, licenciado en CC. Políticas y Sociología por la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid, y Doctor en Sociología por la UNED, es profesor titular de universidad en el Área de Sociología de la Universidad de Extremadura, en donde enseña Sociología desde el curso 1994-95. Antes fue consultor independiente en el Taller de Estudios Sociales y Territoriales SL de Badajoz (1987-1995), y antes investigador asociado de Mario Gaviria (1976-1986) y periodista free lance en Andalán, Triunfo y otros medios (1973-1979), mientras cursaba estudios de Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Barcelona.

mo lustro del siglo.

De ello ha quedado la ficción de que lo local es una alternativa a lo global, y de que los éxitos de algunas ciudades (en España los ejemplos de Barcelona, Madrid, Bilbao y Valencia son los más paradigmáticos) responde a determinadas *estrategias locales*, pasando por alto los tres factores que explican la recuperación económica de esas y otras ciudades: a) su condición previa de ciudades o nodos industriales; b) los cuantiosos subsidios recibidos de los gobiernos regionales, nacionales y europeos; c) determinadas decisiones de ámbito global, por supuesto que en parte alimentadas por la capacidad de acción local derivada de los dos puntos anteriores (como siempre: agencia vs. estructura).

Visto lo cual el concepto, paradójicamente, retorna a su origen ‘rural’: en el Occidente rico y desarrollo al que pertenecemos, hablar de desarrollo local, hoy, es hablar de desarrollo rural, de nuevo. Encontrándonos, ahora, con la sorprendente realidad de que lo rural ya no existe, al menos tal y como vulgar, e incluso académicamente, lo entendíamos.

Las siguientes páginas recogen, en forma de ensayo fractal poco respetuoso para con los formalismos académicos, algunas reflexiones en torno a estas cuestiones esbozadas, con más o menos acierto analítico, a lo largo de tres décadas. Centrándome en aspectos quizás menos tratados en otras aproximaciones al tema que nos ocupa.

1. TODOS VENIMOS DEL CAMPO

Cuando a mediados de los años ‘70 me incorporé al equipo de Mario Gaviria para participar en novedosos (e incluso raros en muchos sentidos) estudios y propuestas a nivel local, comarcal y regional, profundamente críticos con el desarrollo realmente existente³, éramos conscientes de que no hacíamos otra cosa que propuestas de desarrollo rural, retomando el hilo perdido del arbitrista ilustrado y del regeneracionismo positivista. Sin los medios⁴ de que ahora se dispone, solíamos partir de una serie de premisas previas de corte más ideológico que téc-

³ Los libros “*El Bajo Aragón expoliado*” (Deiba, Zaragoza, 1976) y “*Extremadura saqueada*” (Ruedo Ibérico, Paris, 1978), ambos dirigidos por Mario Gaviria (el segundo junto con José Manuel Naredo) formaron parte durante años del escasísimo número de referencias sobre ‘desarrollo local’ alternativas a los documentos de la Secretaría del Plan de Desarrollo puesta en marcha por López Rodó (o lo que es lo mismo, las directrices del Banco Mundial), el IRYDA (o lo que es lo mismo, el modelo colonizador fascista), o los servicios de estudios de los grandes bancos (osea, más directrices del Banco Mundial y expresión de los intereses de los grandes centros industriales españoles, que buscaban extender su influencia comercial sobre regiones periféricas, absorbiendo o simplemente acabando con la pequeña industria y el artesanado local).

⁴ Entonces era relativamente habitual hacer las investigaciones y propuestas prácticamente por *cama y comida*, implicados con los problemas de las comunidades locales, rurales o urbanas. Frente a la burocracia ministerial, que sólo se escuchaba a sí misma y a sus *delegados locales*, y a la nueva burocracia emergente de los partidos políticos, que sólo escuchaba las consignas emanadas del centro ideológico respectivo, los investigadores estábamos mucho más cerca de la figura del samurai errante que de la del ejecutivo de ‘empresa especializada’, ‘grupo de investigación’ universitario o ‘agencia comarcal de desarrollo’ que, con cargo a la Unión Europea, fotocopia una y otra vez los mismos esquemas de desarrollo sostenible, datos, agendas 21... cambiando apenas, en los ficheros digitales, los nombres de los pueblos o comarcas y los datos emanados de las fuentes estadísticas oficiales.

nico: principios comunialistas que primaban la iniciativa pública sobre la privada; defensa de lo rural frente a lo urbano; fundamentalismo ecológico..., etc.

Creo que muchos de aquellos principios ideológicos han ido percolando⁵ el paradigma del desarrollo local, si es que hubiésemos de hablar de tal paradigma como un constructo con una cierta unidad. Lo cual es tremendamente positivo, porque se ha dado una cierta confluencia entre aquella tradición, y el tipo de gentes que han optado por dedicarse profesionalmente a la promoción del desarrollo.

Sin embargo, hace dos décadas el desarrollo local -o desarrollo endógeno, o ecodesarrollo, o desarrollo sostenible, agenda 21, o como queramos denominarlo- era un instrumento –muy ideologizado- para la protección de los espacios periféricos, en territorios de bajo desarrollo o claramente subdesarrollados, frente a la dinámica del sistema. Era, esencialmente, desarrollo rural.

La vieja alacena del Desarrollo Rural

La idea –que no el concepto, ni el término -, aparece en el siglo XVIII como colonización/repoblación de espacios ‘vacíos’ con la finalidad explícita de ejercer la soberanía y aumentar la riqueza nacional, pero su significado viene cargándose de nuevos contenidos desde entonces.

En el siglo XIX aparecen dos nuevas perspectivas, que alcanzarán su máxima expresión antitética durante el primero tercio del siglo XX: la de Progreso Rural (entendido como dotación de infraestructuras, regadíos, educación y capacitación, introducción del mercado, etc) y la de Reforma Agraria (entendida como transformación revolucionaria de las estructuras de la propiedad). Y ya en el siglo XX surgen nuevos significados, al plantearse el Desarrollo Rural, sucesivamente: a) como instrumento de Modernización y Desarrollo de los países atrasados; b) como Alternativa a la ciudad (utopías neo-rurales); c) como respuesta a una voluntad de Ordenación del Territorio, en donde lo rural cumple determinadas funciones complementarias del espacio urbano dominante; d) como instrumento de lucha contra la pobreza en los países en vías de desarrollo (ya no se busca que el desarrollo rural constituya el motor previo al desarrollo industrial, sino simplemente sobreponerse a la miseria brutal, asegurar la alimentación y las condiciones de vida dignas de la población rural); e) y finalmente como instrumento coadyuvante del Desarrollo Sostenible global.

En cierto modo, a lo largo de estos casi tres siglos de reflexión y acción, se ha producido un viaje de ida y vuelta: a la voluntad de los primeros planificadores, como los españoles Olavide o Jovellanos, de mantener e incluso acrecentar la población rural, le siguió un largo periodo de planificación orientada in extremis al vaciado del campo⁶, pero en las últimas décadas del siglo XX hemos visto reapa-

⁵ Hemos desarrollado en nuestro grupo de investigación el concepto de *percolación cultural* en tanto que analogía físico-química, por asimilación al proceso por el cual el agua, por la fuerza de la gravedad, penetra los poros de los suelos hacia los suelos profundos, arrastrando consigo determinadas partículas (por ejemplo, los metales pesados que contaminan las aguas subterráneas), para explicar determinados procesos más complejos que la difusión. La riqueza del concepto puede comprobarse en la eficaz aplicación que se ha hecho en la tesis doctoral de Jose A. López Rey, “La percolación cultural del Tercer Sector por el mercado” (2003), recientemente publicada por el CIS.

⁶ Apuntaba esa idea en el artículo “La urbanización del mundo campesino” (1983), y la desarrollé más ampliamente en el libro *El paro agrario* (1995).

recer, en el espíritu del concepto, aquella voluntad de fijación y arraigo, en condiciones dignas, de la población rural, o población local.

El problema de la despoblación de las zonas rurales había aparecido en la literatura política europea, y muy particularmente en la española, a partir del siglo XVII, aunque será en el siglo XVIII cuando los ilustrados expliciten que "gobernar es poblar", siguiendo las propuestas del famoso artículo enciclopédico de Quesnay (*Hombres*, 1757), en el que define los principios de los fisiócratas al plantear las causas de la despoblación del campo y los mecanismos de política económica que podrían contribuir a mejorar la situación.

No debe extrañar que, tras más de dos siglos de experiencia en la colonización exterior en América, fuese España una de las primeras naciones en aplicar políticas orientadas a la colonización interior. Destacando la colonización de algunas comarcas de Andalucía, para las que se importa población¹ extranjera a las que se entrega tierra, ganado, vivienda y dinero para su asentamiento, además de ofrecerles exenciones fiscales. Los fueros de población entonces elaborados son auténticos antecedentes de la Ordenación Rural moderna, con detalles como la imposibilidad de subdividir las propiedades (impidiendo el minifundismo en las generaciones siguientes); el tratamiento del regadío; la combinación de terrenos de huerta, de secano y de zonas altas para arbolado; la admisión de algunos españoles para que se produzca (se señala como voluntad explícita) la mezcla de razas; la asistencia obligatoria de todos los niños a la escuela primaria (también se prohíbe que haya escuelas superiores para evitar su salida del campo); la prohibición de fundar conventos, etc. De aquella operación, iniciada en 1767 por Pablo de Olavide, aún hoy quedan trazas en los apellidos de origen alemán, flamenco, francés y suizo de la zona.

Esa idea de *colonización interior*, entendida en parte como mecanismo de extensión del control de los estados nacionales sobre el territorio, sería luego aplicada, a lo largo del XIX, tanto en Estados Unidos como en Rusia.

Pero, en lo que se refiere a esa visión más amplia del desarrollo social y económico, en términos parecidos a lo que hoy entenderíamos como *desarrollo rural*, si hay una aportación fundamental en el siglo XVIII es la de Jovellanos. Su *Informe sobre la Ley Agraria* (1795), traducida a las principales lenguas europeas, es un auténtico programa de política agraria y desarrollo rural integrado. Inspirado por los fisiócratas franceses y por la obra de Adam Smith, se ocupa de cuestiones tan diversas como la propiedad de la tierra y del trabajo o la alfabetización rural. Su lema, "la instrucción es la medida de la prosperidad", tiene aún hoy plena vigencia en muchas regiones del planeta. Aunque las ideas de Jovellanos no empezarían a ser aplicadas en España hasta mediados del XIX.

En las primeras décadas del siglo XIX, marcadas tanto por el triunfo del *espíritu positivo* como por el principio de reorganización post-revolucionaria que el

¹ El término *importación* no es inapropiado, por cuanto la corona española no sólo entregó dinero a los inmigrantes que consiguió atraer, sino que también pagó a algunos intermediarios, generalmente comerciantes, por ello. Un industrial bávaro, fabricante de espadas, trajo 6.000 colonos alemanes y flamencos de ambos sexos y variadas edades. Luego vinieron también franceses, italianos y suizos, y estuvieron en trance de llegar también una colonia de griegos expatriados. El asunto debió de tener su proyección en el imaginario cultural europeo, por cuanto la fabulosa novela *Manuscrito encontrado en Zaragoza* (1804) del polaco Jan Potocki recoge ese trasunto en algunos pasajes.

mismo Comte proclamaba en sus escritos, la idea de la colonización interior adquiere un nuevo tinte y se plantea como instrumento de *moralización* frente al demonio perverso de la urbe. Pueden rastrearse esos planteamientos en Bélgica, Holanda, Alemania y otros países europeos, pero hallamos de nuevo en la política agraria española un ejemplo paradigmático. En 1862, Fermín Caballero propone un programa de colonización que es en realidad de *ruralización*, pues persigue promover el poblamiento disperso, sacando a la gente de ciudades y pueblos, con un triple objetivo explicitado: mejorar las condiciones de cultivo, fijando la población al terruño; establecer una población rural propiamente dicha; y alejar a los trabajadores de los centros urbanos en los que las ideas revolucionarias se extendían. Si bien en los proyectos de buena parte de los socialistas utópicos, desde las propuestas holistas de Owen o Fourier, a las estrictamente urbanísticas de Howard, ya en las estribaciones del siglo, hallamos idéntica voluntad de regeneración moral, amparada en el retorno al campo, la urbanización del campo, o incluso la ruralización de la ciudad.

Precisamente en el último tercio del siglo XIX se levantan hitos fundamentales, en ámbitos claramente diferenciados.

El más temprano es el proyecto de *modernización rural* de Joaquín Costa, que en el marco de su programa de regeneración de España incorpora avanzadas propuestas basadas tanto en el desarrollo técnico de la agricultura como en la intervención sobre la propiedad de la tierra, la industrialización, y urbanización mental del campo. Es sin duda su '*Ensayo sobre fomento de Educación Popular*' (1871) el que mejor expresa aquel programa de Extensión Agraria, como modernización/urbanización.

En ese mismo año, 1871, Henry George empieza a escribir en Norteamérica el panfleto '*Our Land and Land Policy*', que años más tarde daría lugar a *Progress and Poverty* (1879). Aunque los problemas rurales en los que se centra se refieren casi exclusivamente a la cuestión de la propiedad, su polifacética obra, inspirada en el principio de que "*association in equality is the law of progress*" tuvo una notable influencia en la cuestión agraria, concidiendo con las observaciones de otros agraristas norteamericanos respecto a la ordenación rural en el proceso de colonización del Oeste⁷.

Pero sin duda la mejor expresión de estos planteamientos es obra de Pietr Kropotkin. En *Campos, fábricas y talleres* (1899) pretendió establecer, sobre bases científicas, un programa de desarrollo que hoy serviría todavía como manual de Desarrollo Sostenible. Entre sus principios (los más fundamentales de los cuales son el *apoyo mutuo* y la *unidad del trabajo intelectual y manual*) incluía la descentralización de la industria; la creciente necesidad de tener como base el consumo interior; la interacción entre recursos naturales y explotación agraria; el papel de las pequeñas industrias locales; el divorcio existente entre la ciencia y el oficio, y la necesidad tanto de una educación técnica como de una educación

⁷ En 1878, cuando la colonización se aproximaba a los límites de la región sub-húmeda, en la frontera oriental de Texas, J.T. Powell, en su conocido '*Report on the Lands of the Arid Region*', hizo una propuesta de ordenación rural en términos territoriales, buscando evitar conflictos en torno al agua de riego, fijando condiciones para el hábitat, y estableciendo normas de gestión comunal de los pastos. Pero sus propuestas no fueron asumidas por el Gobierno.

completa... *“Tened las fábricas y los talleres cerca de las huertas y tierras de labor -concluía-, y trabajad en unas y otras alternativamente”*.

El último año del siglo XIX fue sin duda un buen año para el campo, pues también apareció *La cuestión agraria*, de Karl Kautsky, en la que se plantea las relaciones campo-ciudad y el desarrollo agrario en unos términos parecidos, en cuanto al fondo, a los de Kropotkin, aunque muy distintos respecto a la forma y los procesos, poniendo en manos del *“Estado civilizador”* todas las tareas de progreso que el pensador anarquista atribuía a la auto-organización. Hay que situar en Kautsky las ideas seminales que han alimentado tanto el agrarismo marxista, como la política agraria y rural de buena parte de las experiencias de *socialismo real* desarrolladas en el siglo XX: especialmente en su apuesta por la gran explotación agraria, industrializada, como instrumento del desarrollo económico rural, y en su convicción, respecto del campesinado, de que *“el desarrollo económico pasará por encima de él”*.

Para entonces está ya desarrollando su trabajo otro autor seminal, Patrick Geddes; aunque no será hasta bien avanzado el siglo XX, a través de la obra de Lewis Mumford, cuando su influencia se reconozca y se haga sentir más ampliamente.

La formación de las ideas-fuerza del desarrollo rural

El desarrollo rural, en el siglo XX, ha seguido respondiendo a idénticos objetivos que los planteados en los modelos del XIX (de hecho, la Revolución Cultural china no es sino una versión sui generis y bastante salvaje de la propuesta ruralizadora de Fermin Caballero). Si bien se han incorporado algunos nuevos objetivos; como ha sido, en ocasiones, el de resolver la problemática planteada por las grandes crisis urbano-industriales (así ocurre tanto con los planteamientos/movimientos neorrurales, como con el modelo de la agricultura perirurbana). O, desde la perspectiva de las teorías del desarrollo, el de convertir el desarrollo rural en instrumento para una acumulación primitiva de capital cuya función cuantitativa provocase un salto cualitativo. Tanto en los países capitalistas normalizados, como en aquellos países que durante unas décadas se rigieron por criterios emanados del mundo soviético.

Y es que el medio rural, todavía asimilado al sector agrario, ha sido concebido durante décadas como palanca del desarrollo nacional. Con independencia de las distintas ideologías imperantes, que se han plasmado en modelos bien diversos de desarrollo, se ha buscado conseguir desencadenar los mecanismos que, según un acuerdo bastante general, habrían propiciado el desarrollo en los países más avanzados.

Desde esta perspectiva, el desarrollo rural satisfaría las siguientes necesidades:

1. Suministro acrecentado de alimentos, sin cuya seguridad y bajo precio no es posible un desarrollo global de la nación
2. Exportaciones, obteniendo con ello divisas necesarias para el desarrollo económico, y facilitando así la importación de bienes de equipo y de con-

sumo, tanto para la propia agricultura como para la industria y los servicios

3. Acumulación de capital: se ha dado por supuesto que la mejora de los ingresos en la agricultura, fundamentalmente en las grandes explotaciones, genera la demanda de mejoras agrícolas e infraestructurales que incrementan la demanda de productos industriales y de servicios; pero además la acumulación 'primitiva' de capital está en el origen de muchos desarrollos inversores en la industria y, más recientemente, en los servicios. Estos procesos, desde algunas de las perspectivas o 'ideologías del desarrollo', permitirían la puesta en marcha, por otra parte, de procesos de 'sustitución de importaciones', contribuyendo así al crecimiento económico del país.
4. Aumento de la demanda de productos industriales. Los incrementos logrados en la producción agrícola se traducen en una mejora de las condiciones de vida de la población rural, que incrementa así su demanda de bienes de consumo de naturaleza industrial, lo que potencia el crecimiento de las industrias urbanas del país

En realidad, de una u otra forma, todas las sociedades han respondido al mismo esquema. Tanto las estrategias neoliberales de desarrollo, como las de carácter nacionalista o incluso socialista, lo han aplicado. Y todas, por igual, han utilizado las mismas bases para el desarrollo rural: inversión, planificación y extensión de los conocimientos técnicos, orientadas a la consecución de tres condiciones que van ineludiblemente ligadas al desarrollo: el control de la natalidad, el 'control' de las minorías privilegiadas rurales, y la dignificación del trabajo. Y hoy seguimos sabiendo que sin esas tres condiciones el desarrollo no es posible en territorio alguno⁸.

La transformación en regadío y/o colonización ha sido uno de los objetivos que se han convertido en el trasfondo que han marcado buena parte de las políticas tanto agrarias como de Desarrollo Rural del siglo XX⁹. Produciéndose una especie de interesante bucle que no ha llegado a ser estudiado todavía en sus más profundas dimensiones. Así, la colonización en los nuevos regadíos del Oeste americano, y en general la política de desarrollo rural que tan bien expresa la Tennessee Valley Authority, viene a concretar (en los años '30) las ideas de las Confederaciones Hidrográficas españolas (de los años '20), las cuales a su vez están tan inspiradas en Costa y los regeneracionistas, como en Henry George.

Aquellos procesos son especialmente interesantes desde el punto de vista de la construcción teórica, porque el Regionalismo Ecológico, y en general los 'Regional Studies' surgen allí donde se aplican esas políticas, tanto como base como en términos de consecuencia. Siendo sin duda los trabajos de Odum los que mayor reconocimiento académico han tenido, en realidad es aquí en donde fructifican las ideas de Geddes, popularizadas a lo largo de la segunda y tercera década del siglo por Mumford. Efectivamente, la visión pesimista sobre el futuro de la me-

⁸ Aunque todas coinciden en considerar esas condiciones como vinculadas al desarrollo, encontramos una importante diferencia entre las concepciones que podríamos asimilar al 'progresismo' (nacionalistas, socialistas, comunistas), para las que esas condiciones son previas y necesarias para el desarrollo, y las concepciones más 'conservadoras' (neoliberales), para las que son más bien consecuencia del desencadenamiento del desarrollo.

⁹ Por supuesto, no pretendemos en estas breves páginas hacer una Historia de la Agricultura, ni siquiera del Desarrollo Rural, sino apuntar siquiera algunos hitos importantes que están en la base del pensamiento actual sobre Desarrollo Local/Rural.

trópolis fagotizante que tiene Lewis Mumford encaja a la perfección como base teórica de los programas de desarrollo regional orientados a reducir el desempleo, e incluso el hambre física, entre una población que ya no podía seguir emigrando a unas metrópolis hundidas por la crisis económica desencadenada en 1929.

De hecho, los planes anteriores a la crisis de 1929 todavía respondían al objetivo de controlar el territorio: la política de riegos en EEUU se inicia a finales del siglo XIX, aunque sería durante la era del primer Roosevelt cuando tomaría forma como política de ayuda al desarrollo rural, con la Reclamation Act de 1902, cuyo objetivo, explícitamente, "*no es tanto regar, como construir hogares*", esto es un objetivo que en poco se diferencia del de Olavide.

En 1914 se promulga en esa línea la primera ley de Extensión Agraria, pero sería tras la crisis del 29, bajo el gobierno del demócrata Franklin D. Roosevelt (que promueve en 1933 la *Agricultural Adjustment Act*), cuando se instrumentaliza la intervención del Estado en el campo con explícita voluntad de resolver "*el problema rural*". Esto es, el objetivo ha cambiado.

A esta siguieron otras leyes, como la *Soil Conservation Act* de 1936, en el marco del llamado *New Deal*. Aunque todas estas leyes, que en realidad buscaban potenciar la agricultura industrial, beneficiaron finalmente, sobre todo, a las grandes corporaciones y familias de latifundistas. Estando en la base del fenómeno, propio de los EEUU, de los obreros nómadas (*migrant laborers*), temporeros que van incesantemente de región en región, sin un hogar fijo, y que en las últimas décadas del siglo XX han sido sustituidos por inmigrantes, fundamentalmente chicanos. La única actuación seriamente dirigida a los granjeros y jornaleros, y que podemos considerar como paradigmática de un estilo de Desarrollo Rural, fue el programa de electrificación rural, que dió lugar a programadas como el de la Tennessee Valley Authority (TVA), así como un plan de colonización rural (Rural Resettlement Program) que obviamente ya no tuvo mucho éxito pues su implantación coincidió con la recuperación de la crisis urbano-industrial.

El resto de las políticas rurales desarrolladas en el siglo XX, hasta el último cuarto del siglo, caen (aún cuando mantienen en casi todos los casos, además, los objetivos apuntados en los siglos XVIII y XIX) dentro del objetivo general de establecer una base para la acumulación primitiva de capital, a través de la agricultura y la agroindustria, a menudo a costa de los propios campesinos.

Así ocurre con la reforma funciaria italiana (la llamada *Bonifica*), que es en origen una política destinada a 'mejorar', desde el punto de vista sanitario, zonas pantanosas invadidas por el paludismo y hacerlas productivas, pasando luego a ser una 'bonífica hidráulica', después una 'bonífica integral' y finalmente una 'bonífica funciaria'. Así, fue primero sanitaria (1862-1900), luego técnica hidráulica (1900-1923), después económica (1924-1950) y finalmente social (1950-1970), pudiéndose sólo en la última época, ya de bajo impacto, hablar de una política orientada al bienestar de los propios rurales y no a la mejora del bienestar del conjunto de la nación, y muy especialmente de la población de las ciudades.

Y lo mismo podemos decir de los grandes planes de transformación de la naturaleza en la URSS, orientados en parte todavía a establecer el *control nacional* sobre territorios periféricos, pero sobre todo a articular todo el sistema productivo en torno al objetivo del crecimiento de la Economía y de la alimentación de las

ciudades. En 1938 Stalin encargó a los planificadores Williams, Dokuchaev, Kostichev y Michurin la elaboración de un grandioso Plan de ofensiva contra la sequía, de transformación de la naturaleza y desarrollo ilimitado de la agricultura, comprendiendo en ella la ganadería. La guerra detuvo el proceso, que se retomó en 1948 con un horizonte de 15 años¹⁰.

En cuanto a la llamada *vía China*, ensayada entre mediados del siglo XX y la pasada década, y que ha influido enormemente tanto en el resto de Asia como en algunos países de África, es quizás la única auténticamente ruralista en el sentido de estar explícitamente dirigida a atar (casi en régimen de servidumbre, según puede comprobarse en la actualidad) a la población a sus terruños, aunque el objetivo último es el mismo: acumular capital y asegurar el sostén de las ciudades. Lo específico de la vía China fue la colectivización, haciendo de la necesidad virtud y sustituyendo la falta de capitales para maquinaria por métodos tradicionales, y por un uso intensivo de la fuerza de trabajo. Sin embargo, en la medida en que la capitalización y el crecimiento se han hecho posibles, se han abandonado esas líneas en la propia China, a pesar de que las comunas de inspiración maoísta han pretendido ser implantadas en otros países en vías de desarrollo.

Me detendré en mucha menor medida en comentar la *vía corporativista* española, suficientemente conocida y a la que hemos dedicado ya unos cuantos trabajos. Pero al menos apuntaré algunos elementos que la conectan con esas grandes tendencias seculares que acabamos de repasar.

El surgimiento de las Confederaciones Hidrográficas, en la segunda década del siglo XX, planteará el desarrollo rural como un desarrollo integral de las cuencas, directamente inspirado en la obra de Costa, y en unos términos de 'desarrollo regional' plenamente asimilables (no hay evidencias de que el 'ideario' de las Confederaciones pudiese haber influido fuera de España) al *regionalismo ecológico* norteamericano o al *regionalismo económico* soviético. La política de transformación en regadío y reforma agraria de la II República española plantea un desarrollo intenso de estas políticas, que buscan transformar y colonizar el territorio, ayudando a las familias hasta que logren "*un decoroso nivel de vida*". Y en esta legislación (previa liquidación de los principios de "*reparto*" que teñían las leyes agrarias republicanas¹¹), se apoyará la política de regadíos y colonización del Estado franquista, y luego la política de desarrollo rural. En los años '50 se plantean programas específicos destinados al desarrollo de áreas territoriales delimitadas, en las que se busca alcanzar un equilibrio entre sus riquezas naturales y el aprovechamiento actual de las mismas, "*lo que es causa de paro agrícola y bajo nivel de vida*", pero en realidad el objetivo es, para entonces, el vaciado del campo¹².

¹⁰ Las políticas territoriales soviéticas de los años '20 tienen una gran semejanza con las norteamericanas, tanto en los objetivos como en la mecánica, en tanto que ambas son, también, producto del éxito de la organización burocrática y el taylorismo como ideología/tecnología productiva. Tanto es así que también en la URSS surgió un tipo de paradigma territorial equivalente al del Regionalismo Ecológico. Los llamados *estudios regionales integrales* fueron utilizados para la elaboración de estrategias orientadas, en primer lugar, a la puesta en valor de los recursos naturales y de las regiones poco conocidas.

¹¹ El '*reparto*' en España, como ya apuntábamos en nuestra investigación sobre el paro agrario (1994), es antes un mito milenarista que una realidad sólidamente planteada en algún momento histórico.

¹² La vía española, que ha tenido cierto éxito por cuanto las áreas en las que el Estado ha intervenido a lo largo del siglo XX con planes integrales, pese a los fracasos, se han convertido en áreas plenamente integradas en la economía global, y con elevados estándares de vida, ha sido imitada por otras naciones, sobre todo en Latinoamérica.

2. DE LO RURAL A LO LOCAL

Pero luego las cosas se complicaron bastante. Ya en fecha tan lejana como 1967, Henri Mendras había dictaminado, en su conocido libro *La fin des paysans*, el final del campesinado (título que Enrique Barón ‘versioneó’ tal y como se hacía con las canciones en la época), paradójicamente en el mismo momento en el que, según nos ha recordado en uno de los más recientes trabajos del gran sociólogo francés, se ‘inventaba’ en la Sociología francesa el ‘campesinado’ como concepto operativo. Pero los factores en juego crecieron por momentos, a partir de la crisis energética desencadenada en 1973, hasta que finalmente el propio desarrollo de la economía y de las sociedades avanzadas hicieron del *desarrollo rural*, rebautizado como *desarrollo local*, un instrumento válido para todo tipo de espacios socioeconómicos.

En primer lugar la provisional decadencia de los centros urbano-industriales tradicionales, a causa de la crisis económica subsiguiente a la energética, condujo al diseño de estrategias de desarrollo para la recuperación de zonas desindustrializadas, para las que se utilizó en España la denominación administrativa de Zonas de Urgente Reindustrialización (ZUR).

Pero también el propio desarrollo de la globalización económica condujo luego a los territorios y ciudades más avanzados a formular estrategias de desarrollo local. Hoy en día, cuando la globalización y la virtualización de las relaciones económicas está acabando con las jerarquías territoriales, cuando la posición geográfica está dejando de tener significación económica, la articulación entre *lo local* y *lo global* sólo puede hacerse, lo mismo aquí que en Los Angeles, mediante el diseño de estrategias de desarrollo local. Ninguna ciudad avanzada que se precie olvida diseñar un modelo estratégico de desarrollo¹³.

Con una diferencia fundamental, en el caso de los espacios centrales del sistema mundial, con respecto a los planteamientos previos: ya no se trata de encontrar modelos de ecodearrollo para la supervivencia, sino estrategias que permitan *enganchar* lo local en la dinámica global. Y se introduce así, a finales de los años '80 (en la salida de la crisis) el término *glocalización* para describir la paradoja por la cual lo local adquiere (o más bien, recupera) protagonismo justamente cuando la globalización de la sociedad, la economía, la política y de la cultura empezaban a hacerse más intensas.

Así hemos vivido, no sólo en España, pero muy particularmente en España, la **Era del Desarrollo Local**: todo un constructo ideo-técnico alimentado y realimentado, a partir de la integración en Europa, por muchas teorías clásicas y modernas, pero sobre todo por los febriles fondos europeos.

Reconstruyendo (sin Derrida): ocupacionalismo, glocalismo y

¹³ Siguiendo las pautas estándar de difusión de las modas y productos de consumo, material o cultural, el estrategismo urbano se generalizó en las grandes metrópolis (o *ciudades mundo*, en la terminología de John Friedmann y luego de Saskia Sassen) en los años '80 del siglo XX, como respuesta a la crisis económica, fiscal y demográfica (pensemos, para el caso español, que Madrid, Barcelona y Bilbao llegaron a perder población). En los años '90 el estrategismo llegó a las *ciudades medias* bajo todas sus denominaciones y expresiones, y en la primera década del siglo XXI llega a las comarcas rurales, sean

placenta social

En el principio fueron, a mediados de los '80, las llamadas *Políticas de empleo*, seguidas casi inmediatamente de las *Estrategia de desarrollo local de empleo* porque desde las políticas globales de lucha contra el paro no se derivaban grandes efectos sobre el stock de desempleados.

Sin embargo, aunque pronto se empezó a percibir (si bien no sería explícitamente reconocido, y de hecho aún no ha sido reconocido por los expertos que iluminaban a los gobiernos de la época) que no existe, o no puede existir, una política específica de *desarrollo para el empleo*, o como se denominaban, *políticas de empleo*, los análisis nos han mostrado que, desde mediados de los años '80 del siglo pasado, sí que podemos observar el desarrollo de una serie de exitosas *políticas contra el paro*. Esto es, programas destinados a paliar las desventuras de quienes se encuentran en esa situación. Las evaluaciones que para el caso de Extremadura (y atendiendo a la realidad del conjunto nacional) pudimos realizar a principios de los años '90 de los distintos Planes de Empleo nos permitieron poner de manifiesto que en el fondo, por más que contribuyese a mejorar los recursos personales (intelectuales y materiales) de los parados, o su capacidad de desenvolvimiento en una sociedad económicamente hostil, sin embargo las medidas formativas, ayudas, becas de asistencia a cursos, incluso buena parte de las subvenciones a la creación de empresas, eran en realidad formas de subsidiación del desempleo.

Lo que no quiere decir que con tales medidas no se crease empleo. En 1994, en una conferencia justamente sobre "Estrategias de Desarrollo Local", proponíamos recoger en los análisis económicos la existencia de un nuevo subsector, a caballo del Terciario (los servicios) y el Cuaternario (la información), al que dábamos la denominación provisional de **sector ocupacional**.

Es un sector extremadamente dinámico, con una rotación acelerada en el empleo, cuya materia prima son los parados más cualificados (a menudo universitarios) y cuya producción es la formación ocupacional.

Y es uno de los pocos sectores económicos en los que no se produce la clásica alienación entre el productor y el producto final que descubrió Marx: de hecho, los productores en un curso podían ser meses más tarde consumidores en otro, y viceversa, y así sucesivamente.

Mientras que en los últimos años del pasado siglo los neoliberales triunfantes denunciaban estos procesos por improductivos, a mí me parecía importante defenderlos; porque la mejora en la formación, sea cual sea su contenido, hace que la gente se sienta psicológicamente mejor, y capacita al tejido productivo para los cambios.

Ciertamente que los análisis de evaluación ex-post de las acciones formativas co-financiadas por el Fondo Social Europeo y equivalentes, cuando se han hecho seriamente, presentaban a menudo resultados decepcionantes; uno o dos años después, quienes habían seguido cursos o se habían acogido a programas de promoción de empleo, o autoempleo, seguían, o estaban de nuevo, en paro. Y en los pocos casos en que habían obtenido empleo éste tenía un nivel muy precario. Sin

embargo, había que enfrentarse a esos resultados con una actitud claramente positiva. Tengamos en cuenta que, fundamentalmente, los usuarios de esos cursos y programas ocupacionales han sido mayoritariamente mujeres, residentes fuera de las principales ciudades y con un bajo nivel de formación. Aún asumiendo -porque esa conclusión resultaba ineludible, a la vista de los datos- su escasa utilidad en relación a la integración inmediata en el mercado de trabajo, esto es a la resolución del paro, sin embargo, como expresábamos justamente en una de esas evaluaciones expost, "*los cursos han sido de gran utilidad para permitir a un colectivo social -y no sólo laboralmente- marginado, como son las mujeres de pequeños municipios y pequeñas ciudades, y de bajo nivel cultural, mejorar su preparación, mejorar su preparación funcional y capacitarlas para la integración en la sociedad. Han salido de sus casas, han hecho relaciones, han obtenido en muchos casos una ayuda económica que les ha permitido sin duda valorizarse en la estructura familiar, y sobre todo han adquirido nuevos conocimientos y habilidades sociales*".

Este sector no ha sido analizado aún por los economistas, y sigue sin verse reflejado en la Contabilidad Nacional, aún cuando sigue existiendo, ahora justamente por efecto de la difusión cultural en las zonas llamadas rurales¹⁴. Alcanza ya entidad suficiente para que, al igual que la Sanidad, la Educación o la Defensa Nacional, se constituya en una rama específica de la Economía y de la Administración.

Con una tradición de dos décadas, cuenta con sus propios especialistas, su propio lenguaje, su terminología... Es un sector bastante estable, que como yo preveía ha seguido creciendo a medida que se ha acelerado la rotación laboral y sectorial, y se ha extendido a otros ámbitos; se ha creado una estructura, una capacidad para la animación socio-laboral, un colectivo cualificado para la formación ocupacional que, sin embargo, no termina de asumir la necesidad de aplicarse no tanto, o no únicamente, a la formación para el empleo, que como hemos visto hay que asumir que no ha sido nunca muy exitosa, sino más bien a la formación y capacitación social. Porque esa capacitación social, que implica elevación del nivel cultural, sí que ha resultado ser un fundamento sólido para el desarrollo, sea urbano o rural.

Y es que, dejando a un lado el generado en el propio *sector ocupacional*, el empleo no se genera con las políticas de empleo, sino con la política económica. Son la producción y la demanda las que generan empleo. Es por eso, en suma, por lo que siempre he creído que hay que hablar de ***estrategias de desarrollo***, sin adjetivos. Las políticas de empleo, el *sector ocupacional*, es sin duda un apoyo insustituible, incluso una condición necesaria si se quiere, pero si no hay inversiones productivas, sin aumento de la producción y de la demanda de bienes y servicios, no hay empleo, sino subsidiación; como se ha podido comprobar con la recuperación económica española de los últimos años.

¹⁴ Hoy tenemos una mejor explicación para aquel fenómeno, al que no alcanzábamos a integrar en un modelo explicativo de largo alcance. En nuestro libro *Botellón. Un conflicto postmoderno* (2004), y en otros trabajos menores más antiguos, hemos desarrollado el concepto de *placenta social*, referido a la continua extensión del periodo de inmadurez en la especie humana, frente a otros mamíferos. En pocas palabras y para no fractalizar más este ensayo, digamos que la sociedad hace de placenta, permitiéndonos seguir acrecentando el tamaño de nuestra mente, nutridos primero a través de la placenta materna, y luego a través de la placenta social, antes de que podamos valerlos por nosotros mismos.

*El nuevo localismo*¹⁵

El que la generación de empleo dependa de la política económica no significa, en modo alguno, que haya que olvidarse totalmente del adjetivo *local*. El desarrollo económico no se decide única y exclusivamente en los grandes centros nacionales, internacionales o globales de decisión, aunque se mantenga la impresión de que esto es así.

De hecho, esa concentración de las decisiones económicas podría decirse que tan sólo se ha impuesto durante un breve paréntesis, ya cerrado, en la historia de la Humanidad; un periodo que se inicia cuando se impuso la planificación centralizada y tecnocrática propia de la sociedad industrial, y se cierra con la irrupción de la Sociedad Telemática, en la que la lógica y las limitaciones espacio-temporales se trastocan y superan. Un periodo caracterizado por lo que Toffler llamó “*el código oculto*” de la civilización industrial: la uniformización, la especialización, la sincronización, la concentración, la maximización y la centralización. Pero durante siglos pueblos y ciudades han decidido con plena autonomía su política económica. Max Weber decía que la ciudad no se caracteriza únicamente por tener una organización económica, sino también por tener una organización reguladora de la economía, una política económica propia que según Weber tenía por objeto el intentar garantizar el abastecimiento regular de alimentos, mantener la moderación de los precios, y conseguir la estabilidad de la actividad de productores y comerciantes.

Curiosamente fue en los Estados Unidos, el país en donde los principios de la sociedad industrial alcanzaron su máxima expresión, donde primero surgieron tanto la crítica como las alternativas al sistema. Si en Inglaterra, la primera nación industrializada, fue donde, en el siglo XIX, primero apareció la crítica del industrialismo más feroz, de la mano de Engels y Marx, bajo la forma de crítica de la economía política del capitalismo, será en los Estados Unidos, máxima expresión en el siglo XX del sistema industrial, donde aparecerá la más aguda crítica de este sistema.

Lo que comenzó, en el segundo tercio del siglo XX, como una preocupación por el tamaño, por los conglomerados, por los monopolios y oligopolios, en suma por el gigantismo, desembocará en la reivindicación del localismo, por dos vías divergentes que han terminado convergiendo porque bebían en las fuentes comunes de, entre otros, Patrick Geddes, Pietr Kropotkin y Lewis Mumford. Por una parte el neo-regionalismo, que re-conectaría con la tradición regionalista europea en la conocida obra de John Friedman y Clyde Weaver *Territorio y función* (1979); y la nueva economía política de las ciudades, que empieza a ser formalizada con la conocida obra de Jane Jacobs *Muerte y vida de las grandes ciudades americanas* (1961). La convergencia, a lo largo de los años ‘60 del siglo XX, se daba en la convicción de la existencia, y necesaria recuperación, de lo que John Friedman llamó

¹⁵ *El poder del vecindario. El nuevo localismo* es precisamente el título del libro que los activistas urbanos David Morris y Karl Hess publicaron en 1975, inspirando justamente iniciativas para el interfase rural-urbano. En España movimientos agraristas de la época como Alternativas Radicales para el Valle del Ebro (ARRE) intentaron en la misma línea superar la dialéctica rural-urbana tanto en la reflexión (mediante la realización de *debates campesinos* sobre temas de interés común para rurales y urbanitas) como en la acción (mediante iniciativas de comercialización directa de productos rurales en la ciudad). Aquellas experiencias y construcciones teóricas crearon un sustrato que sigue alimentando tanto el desarrollo local/rural como el nuevo activismo urbano.

“la vida territorial”. Por debajo de ese gran entramado nacional, organizado por los Estados o las grandes corporaciones, ciudades y territorios seguían teniendo, y sobre todo podían tener, una vida económica propia, unas capacidades productivas, en suma, que podían orientar su propio desarrollo económico, como *“órganos económicos primarios”*, utilizando ahora la terminología de la Jacobs, como pequeño homenaje tras su reciente fallecimiento.

A ello se uniría la crítica del ecologismo radical de los años '70¹⁶ que supuso además la reivindicación, frente al gigantismo industrial, de las tecnologías intermedias, la producción local y el artesanado. En suma, del *“buen trabajo”* (según ocurrente expresión de Schumacher) como alternativa al mal empleo, y muy especialmente al desempleo que comenzaba a convertirse en un fenómeno masivo¹⁷.

La verdad es que todo esto no era sino la expresión de los problemas y limitaciones del sistema industrial, de los que el propio sistema ha sido cada vez más consciente, a partir sobre todo de la gran crisis de los '70, provocada en buena parte por los efectos de las estrategias de concentración y centralización de la energía. Frente a la exaltación del mercado como principio regulador de la economía, había conciencia también de que, en el fondo, esas grandes corporaciones que se superponen a ciudades, regiones y estados, que centralizan y concentran la riqueza, se apoyaban en una inmensa trampa. Como denunciaban en los años '70 del siglo XX, Morris y Hess, promotores del nuevo localismo urbano basado en el poder del vecindario, las grandes corporaciones nacionales y transnacionales *“obtienen sus beneficios como derivado de su influencia política, a través de exenciones impositivas, subsidios, cuotas de importación o contratos para la defensa, y no por la competencia en el mercado”*.

Los nuevos utopistas americanos del localismo, muy inspirados en los conceptos de *ayuda mutua* y de interacción entre *campos, fábricas y talleres* de Kropotkin, llegaron a exaltar la autosuficiencia de las ciudades y, en general, de todas las comunidades. Muchos hemos pasado por esa etapa de exaltación de la autosuficiencia, y en parte seguimos sufriendo los efectos secundarios de ese utopismo del terruño.

Hoy el capitalismo, a través de la acción de sus principales instituciones (incluyendo el mercado) ha introducido en sus normas de funcionamiento las conclusiones que se derivaron de aquella crítica, por mera necesidad de supervivencia. También es cierto que los nuevos medios de transporte de personas, mercancías e información lo hacen posible. Pero, del mismo modo que hoy las Ciencias Empresariales han incorporado la Economía del Medio Ambiente, incluso la Contabilidad Ecológica, también se ha asumido que el nuevo sistema de creación de riqueza comparte la doble condición de local y mundial o, como decimos ahora, local y global. Al par que las micro tecnologías posibilitan que en numerosos subsectores se haga a nivel local lo que antes no se podía llevar a cabo de forma eficiente ni siquiera a escala nacional, en sentido inverso muchas funciones rebasan

¹⁶ Utilizo aquí el término ‘radical’ no en referencia al fundamentalismo que caracteriza al radicalismo conservacionista actual, sino en la medida en que ponía de manifiesto la fuerte interrelación entre los presupuestos fundamentales del capitalismo y el industrialismo con la crisis ecológica.

¹⁷ Una hipótesis interesante a investigar: todas las grandes construcciones críticas contra el trabajo (de Lafargue a Schumacher o Gorz por citar la época contemporánea), han surgido en tiempos de falta de trabajo. ¿Actúan por tanto como una *filosofae consolatio*?

las fronteras nacionales e integran las actividades que se realizan en naciones lejanas en un único esfuerzo productivo.

La Sociedad Telemática en la que esos procesos se están produciendo se caracteriza, en exclusividad histórica, por la capacidad de superar las barreras espacio/temporales, gracias a las nuevas tecnologías de procesamiento, transmisión y difusión de la información. Y tres son los componentes básicos que alimentan la construcción de la nueva civilización: la revolución en esas tecnologías (específicamente de la óptica, la informática y las telecomunicaciones), la globalización, y la virtualización de los procesos sociales. Internet es, sin duda, su expresión más visible, por más que todavía conozcamos apenas su forma más primitiva.

Pero lo más importante de todo esto, en relación al tema que nos ocupa, es que el ámbito de la máxima globalización de las interacciones sociales y económicas es el que paradójicamente hace posible un espacio para la planificación del desarrollo a nivel local. Es la máxima expresión de la globalización, Internet, el determinante de la máxima descentralización de los procesos productivos. Justamente esa descentralización que, según los principios que alimentaron en los años '80 la teoría de las Iniciativas Locales de Empleo, difundida por Xavier Greffe, "*se convierte en el acicate de nuevas estrategias para crear empleo y fomentar el desarrollo*".

Totalmente al contrario de lo que expresan las teorías de Manuel Castells, la nueva sociedad no favorece la concentración de los flujos (o no más que los estadios societales anteriores), sino la fragmentación. Es más fácil para todos el acceso al *saber hacer* (para bien, y para mal, véase terrorismo y hackerismo), lo que facilita la puesta en producción de recursos locales; y se hace más fácil la diseminación global de la información sobre esos productos.

Lo cual introduce una nueva cuestión, que me ha parecido extremadamente importante en los últimos años: y es que no existe **una** estrategia de desarrollo local. Aunque el abuso en que se ha caído de algunos términos, primero *eco-desarrollo*, luego *desarrollo endógeno*, y ahora *desarrollo sostenible* y ya también *agenda 21*, ha llevado a menudo a creer que existe algo así como un catecismo, un catón, un manual del perfecto desarrollador local.

Pero justamente la esencia de lo local es la diferencia, la individuación. Un espacio local se diferencia de otros por su paisaje, la naturaleza de sus recursos naturales, el nivel de sus infraestructuras y equipamientos, la calidad de sus comunicaciones, el nivel de instrucción de sus habitantes, las expectativas de renta y bienestar (que no tienen por qué ser igual de ambiciosos en todos los casos) que éstos tienen, el grado de su organización política (entendida como niveles de participación), y por supuesto también por sus sistema de creencias y actitudes, y por supuesto por su historia.

Si se dan tantos fracasos en la planificación local del desarrollo (por supuesto que, mientras las subvenciones afluyen, los fracasos no se manifiestan con toda claridad, pero entonces no estamos hablando de desarrollo), es porque demasiado a menudo se cae en el empeño de aplicar fórmulas que han podido ser exitosas en otros lugares pero que no tienen por qué ser generalizables. La globalización permite el intercambio de conocimientos y experiencias a unos niveles nunca

imaginados, pero si se utiliza simplemente para imitar experiencias ajenas, las probabilidades de fracaso a medio y largo plazo son enormes¹⁸.

Así pues, existen y deben de existir estrategias múltiples. No cabe duda de que en el medio rural, donde el objetivo último no debe ser tanto crear empleo, como sujetar a la población al territorio (porque la base de la conservación del territorio es la presencia de la población), las estrategias han de incorporar también, sin hipocresía, la subsidiación, que no es tal, sino justa remuneración por una prestación de servicios: en este caso, mantener el espacio habitado, cuidado. Pero serán esencialmente distintas de las estrategias a aplicar en las ciudades, donde contamos de partida con un mercado de decenas o cientos de miles de consumidores que expresan demandas que pueden ser satisfechas, en parte por el mercado y en parte por los servicios públicos (vacíos productivos), y sobre todo pueden responder, en tiempos de bonanza económica, a las ofertas más estrambóticas.

Por supuesto, no hay que olvidar que el principal componente de cualquier estrategia de desarrollo local para el empleo es la propia población desempleada o infra-empleada hacia la que se orienta la acción. Una población de la que tiene que surgir en parte el capital humano capaz de responder a esas demandas potenciales de los consumidores locales; con capacidad emprendedora, niveles apropiados de formación y, en tercer lugar pero no con importancia menor, capacidad económica para acometer inversiones productivas con o sin ayuda de las Administraciones Públicas.

La base ha de ser, obviamente, un certero análisis local que permita detectar, a la vista de análisis comparativos con estudios similares de otros territorios o ciudades, la existencia de *vacíos* en el tejido productivo, demandas no satisfechas, direcciones posibles del desarrollo, etc. Y posibilite un conocimiento profundo de la evolución y la estructura de la ocupación y el desempleo, con análisis más profundos de las características (edad, formación genérica y especializada, actitudes, capacidad económico-empresarial, etc) del colectivo de paradas/os. Demasiado a menudo se proyectan grandes operaciones, basadas en la obtención de auxilios económicos, fundamentalmente de la Comunidad Europea, sin otro conocimiento sobre la situación del mercado de trabajo que los datos suministrados por las oficinas de empleo, y las opiniones de unos pocos informantes indirectos¹⁹.

Pero estos elementos (conocimiento en profundidad de la economía y la sociedad local, y análisis de la población y el mercado laboral) han de llevar a plantear un **modelo de desarrollo** que encaje en las características socioeconómicas del municipio, desagregado en los cuatro sectores hoy considerados (agricultura, industria/construcción, comercio/servicios, y cuaternario). Esto es, un proyecto global de desarrollo que deberá ser asumido por el conjunto de las Administraciones, fundamentalmente por la local, consensuado con todas las fuerzas políticas y sociales de la ciudad, y que señale las áreas de intervención prioritarias para la promoción de nuevos empleos.

Actualmente los profesionales de las agencias públicas de promoción del desarrollo han asumido la necesidad de ese *modelo ilusionante* para el conjunto de la

¹⁸ Y, en este sentido, la propia configuración de los programas europeos tipo LEADER, que supuestamente buscan la exportabilidad de las iniciativas, es un profundo error que ha conducido a ingentes gastos innecesarios.

¹⁹ El *cualitativismo* mal entendido (derivado a menudo de un simple desconocimiento de las técnicas de investigación) viene haciendo mucho daño al conocimiento social para la planificación en los últimos lustros.

sociedad local (no otra cosa es, por ejemplo, el espíritu que subyace en la Agenda 21), pues sólo a partir del mismo puede conseguirse una sinergia entre las acciones (limitadas en el tiempo y en el presupuesto) de promoción que puede arbitrar un Centro Local de Empleo, con el propio dinamismo económico y social del resto de los agentes públicos y privados (Administraciones, Centros Educativos y Formativos, Empresas, Agentes Sociales...). Ese modelo dibujaría, en suma, la imagen (tanto presentada -esto es, proyectada- como deseada -esto es, programada) del territorio o la ciudad a un plazo medio de cinco o diez años.

De este modo actuamos no únicamente sobre el paro, sino sobre el territorio o la ciudad como un organismo global. Pues el desarrollo no depende únicamente de factores económicos, de fondos para inversiones, sino que implica, asimismo:

1.- El reforzamiento de los valores de identidad y pertenencia territorial, fomentando el espíritu de ciudadanía y el componente relacional de la convivencia, pues sólo de esa forma se promueve una **imagen** de la ciudad, o del territorio, y un espíritu en la población encaminado a su potenciación. Es decir, difícil será poner en marcha un proceso de desarrollo si partimos de una minusvaloración por los ciudadanos de los recursos y potencialidades locales, y de sus propios vecinos.

2.- La mejora de la calidad ambiental y las condiciones de vida, mejorando y valorizando el medio ambiente, el patrimonio edificado, reforzando la vida cultural y científica, promoviendo la solidaridad y la integración social. Este condicionante, que sonaba a discurso utópico de ecologistas radicales hace apenas una década, ha sido incorporado a los principios del desarrollo local en el marco de la Agenda 21.

3.- La utilización y/o creación de una base económica sustentable, no ya en el sentido ecológico, sino en tanto que capaz de sobrevivir al fin de los subsidios.

4.- La intensificación de los procesos de relación e integración en espacios más amplios.

Desde luego, sobre la base de todos estos elementos señalados puede haber luego diversidad de estrategias sobre la base de los condicionantes ideológicos de quienes las diseñen. Pues las estrategias de desarrollo local no son, como algunos creen todavía, ámbitos de construcción de pequeñas Arcadias, sino que se enmarcan plenamente dentro del sistema de mercado en el que nos desenvolvemos, y si no se adaptan al mismo están condenadas al fracaso. Pero pueden tener orientaciones muy distintas, dentro de ese campo de juego al que hoy por hoy estamos atados. A mí, en particular, me gustan más, me parecen más efectivas, aquellas estrategias basadas en los tres pilares que Ignacy Sachs, abuelo ideológico del desarrollo sustentable, definía como constitutivos de lo que él llamó ecodesarrollo:

"1.- La autonomía de las decisiones y la búsqueda de modelos endógenos propios de cada contexto histórico, cultural y ecológico.

2.- La consideración por igual de las necesidades de todos los hombres y de cada hombre; necesidades materiales e inmateriales, empezando la de realizarse a través de una existencia que tenga un sentido, que tenga un proyecto de vida.

3.- La prudencia ecológica, es decir la búsqueda de un desarrollo en armonía con la naturaleza".

3. LA VUELTA AL CAMPO: EL DESARROLLO LOCAL ES (DE NUEVO) DESARROLLO RURAL

En tres siglos de Sociedad Industrial se ha consumado un proceso de urbanización general del espacio, primero como crecimiento del número y tamaño de las ciudades, y luego como extensión de los hábitos culturales *urbanos* al conjunto del territorio. Hasta tal punto de que hoy, en los países desarrollados, inmersos ya en la Sociedad Telemática, la distinción entre espacios *rurales* y *urbanos* es, como he puesto ya de manifiesto hace algunos años, arbitraria. No es fácil percibir diferencias en hábitos, actitudes y valores, y menos aún en lo que se refiere a las estructuras y relaciones de producción. Como vemos a diario en los noticieros, lo rural y lo urbano sólo tienen peso específico cuando se ponen en juego las elevadas plusvalías que, en el planeamiento urbanístico, se derivan del trazado de las líneas de delimitación del suelo urbano o apto para urbanizar. Y por supuesto, también se perciben en la tramoya del espacio social: eso que llamamos 'paisaje'.

Y es que vivimos en una **urbe global**, cuyos intersticios (la *Ruralia*) ya no cumplen la función esencial de alimentarnos, sino un cúmulo de funciones mucho más complejas; entre las cuales la de alimentar el espíritu es una de las más importantes; casi la misma función que, en términos de micro-urbanismo, cumplieron los parques y las *zonas verdes* en la ciudad industrial. De ahí la importancia que la conservación del patrimonio, primero biológico y paisajístico y, ahora, también cultural (aunque en realidad tanto el patrimonio biológico como paisajístico, mal llamado *natural*, son productos culturales), ha adquirido en los últimos tiempos.

Hoy la supervivencia de esos mal llamados *espacios naturales* depende de que su entorno, lo que todavía llamamos *espacio rural*, esté habitado (vigilado incluso, podríamos decir, a tenor del papel que a los rurales les toca hacer últimamente frente al desenfreno urbanizador de algunas promotoras inmobiliarias). Pero en la medida en que el omnipotente mercado, y la globalización, no permiten que la conservación de la población se base en la subsidiación de las producciones agroganaderas, se viene asumiendo la idea de que '*el rural*' debe ser un actor multisectorial: produciendo en el sector agrícola únicamente productos de alta calidad y con mucho valor añadido, e incorporando otras fuentes complementarias de ingresos, como las derivadas del turismo rural. En este marco, por ejemplo, la protección del patrimonio cultural (es decir, de los recursos heredados de las generaciones anteriores) deja de ser una imposición más "*desde la ciudad*", para adquirir una dimensión mucho más compleja: una actitud esencial para la propia supervivencia de los rurales como grupo social.

Lo rural y lo urbano

En la Sociedad Industrial *lo rural* nunca ha sido definido; y no tanto porque se diese por primigenio, sino porque como mero residuo (*lo-que-aún-no-es-urbano*) apenas interesaba. Si la revolución industrial traía el progreso económico a las sociedades, la urbanización conllevaba el progreso social. Esa carga semántica positiva no está siempre explícita, pero sí latente en la gran teoría social (Spencer, Durkheim, Simmel, Tönnies, Redfield, etc). Ya se hablase de solidaridad mecánica o solidaridad orgánica, de comunidad o asociación, de lo *folk* y lo *urban*, etc, aún cuando se manifestara cierta preocupación por el tipo de desórdenes sociales provocados por la urbanización, se estaba poniendo en lo alto de la escala evolutiva, en el objetivo a perseguir, a lo urbano. Y había razones para ello. En Occidente y desde el origen mismo de las ciudades, éstas promovieron avances objetivos hacia formas de organización social más democráticas²⁰, y sobre todo basadas en el imperio de la ley. El dictum tardomedieval "*El aire de la ciudad nos hace libres*" se explica porque la ciudad ha posibilitado una acumulación de capital y una concentración demográfica que ha hecho factible un incremento de la creatividad social.

El proceso de urbanización dejó de ser hace mucho tiempo un índice cuantitativo, referente de la mera acumulación demográfica al abrigo de una acumulación -previa o simultánea- de recursos y sobre todo excedentes, para pasar a ser un proceso de carácter cualitativo, en suma un *modo de vida* (Wirth). De hecho, en el último tercio del siglo XX se empezó a percibir que lo urbano ya no estaba únicamente en las ciudades. Primero Lefebvre en Francia, y luego Gaviria en España, nos enseñaron a denunciar en su día una *urbanización del mundo campesino* entendida como colonización cultural por el capitalismo. Aunque algunos, finalmente, nos dimos cuenta de que esa colonización no es en realidad sino la extensión del núcleo civilizatorio -capitalista e industrial durante los siglos XIX y XX- a la totalidad del territorio social (esto es, el espacio habitado, el ecúmene).

Donde algunos veían (y todavía ven, en algunos casos) la desaparición física del campesinado como grupo social, deberían haber visto más bien la desaparición de una cultura. No de un colectivo social y productivo, sino de aquellas instituciones sociales y culturales que constituían un freno para la adaptación de ese colectivo a la sociedad urbano-capitalista. Donde unos veían (y todavía ven, en algunos casos) fracaso y hundimiento de las poblaciones afectadas, deberían haber visto éxito adaptativo.

Claro que, en realidad, debería haber sido algo esperado, pues ya Marx tan tempranamente como en el Manifiesto Comunista auguraba "*el sometimiento del campo por la ciudad*", y no sólo por el mero efecto de la concentración demográfica, sino también por la ruptura de las relaciones sociales y de producción tradicionales. De ahí que, como mecanismo de enfrentamiento a esos procesos que llevan siglos disolviendo todo residuo de poder basado en principios atávicos (como el linaje, la posesión de la tierra, etc), se haya venido construyendo, a manera

²⁰ Aunque, paradójicamente, en la actualidad es en las áreas rurales más deprimidas y despobladas donde únicamente hallamos formas de democracia directa al estilo griego (en España bajo la denominación político-administrativa de *concejo abierto*).

también de *filosofae consolatio*, toda una mitología que de forma recurrente reverdece, en torno a la antiutopía de la Arcadia pastoril y campesina (que ahora resulta particularmente útil para el marketing del turismo rural).

A la luz de lo dicho, ¿qué puede significar hoy esa polaridad rural-urbano, en un planeta donde se ha hablado ya de metrópolis, luego de megalópolis, y últimamente de ciudades-mundo?. ¿Qué sentido tiene hablar de lo rural y lo urbano como categorías con vida propia, salvo que hablemos de meros *targets* para el marketing?.

Lo rural, en lo global

Se observa, en suma, el proceso de urbanización como un estadio evolutivo en el proceso general de civilización. Y este proceso evolutivo de carácter casi positivista, que Patrick Geddes había desarrollado en su opúsculo genial sobre *La sección del valle*, podemos encontrarlo incluso en la biografía intelectual de los propios sociólogos: el genotipo en el fenotipo. El propio Geddes, Weber, Lefebvre, Gaviria, todos los grandes sociólogos rurales han terminado, si realmente eran grandes, convirtiéndose en sociólogos urbanos: a la preocupación por *lo rural* le sigue, tarde o temprano, la preocupación por *lo urbano*; quizás porque hacer una diferenciación radical es, ciertamente, absurdo.

¿Quiere significar todo esto que *lo rural* no existe?. Ni mucho menos, aunque sí podemos hallar factible el defender la inutilidad de la separación epistemológica entre lo rural y lo urbano. Si las tesis que venimos desarrollando son acertadas, *lo rural* serían apenas algunos intersticios, fuera de la marcha de la civilización, que quedarían en el interior de lo que denominamos la urbe global.

Sin duda una clave para entender estos procesos está en el desarrollo de las comunicaciones. MacLuhan apuntó hace tres décadas la conformación del planeta en una especie de aldea global, sobre la base tecnológica del "*poder descentralizador que el ordenador tiene para eliminar ciudades y todas las demás concentraciones de población*". Y, efectivamente, hemos podido observar en Europa, y particularmente en España, mucho antes de Internet, de qué forma una infraestructura de comunicaciones, la autopista, provocaba profundos cambios socioeconómicos en muchas áreas rurales, del mismo modo que antes los produjo el ferrocarril. Las redes telemáticas lo están haciendo ahora.

El proceso no ha llevado a una aldea global, en el sentido casi tribal con que lo planteaba McLuhan, sino más bien -desde una perspectiva civilizatoria y positivista- a una ciudad global, a lo que yo denomino **la urbe global**: un continuum inacabable en el que se suceden espacios con formas y funciones diversas, con mayores y menores densidades habitacionales, cohesionados por diversos nodos o *centralidades*, pero que en su totalidad participan de una u otra forma y a todos los efectos de la civilización y la cultura urbanas. Sólo en la medida en que un espacio se halle incomunicado podrá hablarse de cierta carga -de intensidad variable- de *ruralidad*, normalmente coincidente con la depresión económica.

De hecho, en este tipo de espacios sólo tangencialmente tienen interés y peso los tradicionales *problemas campesinos*. Las cuestiones que preocupan son ya culturalmente urbanas: la geografía (que he definido como "*el apetito insaciable*

por devorar tierra fértil"), la banalización del paisaje, la pérdida de peso político de los agricultores, y los excedentes, son los temas característicos de las zonas agrícolas de los países ricos. El tipo de conflictos sociales predominantes en este tipo de territorios tan sólo formalmente se diferencian a veces de los estereotipos de conflictos *urbanos*, y desde luego utilizan la misma artillería mediática urbana.

La urbe global

Afirmar que lo urbano ya no está únicamente en las ciudades no se contradice, en modo alguno, con la aparente crisis de muchas grandes ciudades, por cuanto la urbe ya no necesita con la misma intensidad que en la sociedad industrial, de la concentración, gracias a las nuevas redes comunicacionales. Y son justamente los consecuentes fenómenos de dispersión, fragmentación, glocalización, los que permiten explicar la ya efectiva urbanización de todos los espacios sociales. Es en este marco en el que la ruralidad se correspondería con esos territorios peor comunicados, coincidentes a su vez con los más deprimidos económicamente; en el caso español apenas dos millones de habitantes, están ahí.

Del mismo modo, el propio concepto de gran ciudad, de metrópolis, deja de tener sentido. La urbe global hace que el hinterland metropolitano de Nueva York pueda incluir a Roma, Londres o Tokyo, **y viceversa**. O que el hinterland de Madrid incluya Benidorm, Marbella o Sasntander. No hay *ciudades globales*, como proponían John Friedmann y luego Saskia Sassen, sino que hay **una urbe global**.

En este sentido, podría decirse por tanto que **la ciudad ya no existe como espacio físico**. Utilizamos el concepto de global no en referencia a su tamaño - como se plantea en los conceptos de urbe, metrópolis, ciudades-mundo, megalópolis, ni siquiera en el sentido en el que lo planteaba Doxiadis-, sino más bien para designar el **proceso**, insisto en ello, por el que los aspectos físicos y morales de la ciudad se extienden a todos los rincones del universo, civilizándolo. La *sociedad urbana*, propuesta por Henri Lefebvre como realidad virtual, ya ha fraguado, formalmente, en el mismo marco de realidad virtual en que la ubicó, al proponer que "*lo urbano viene a ser un continente que se acaba de descubrir y cuya exploración se lleva a cabo edificándolo*". ¿Podría definirse mejor *avant la lettre* que como lo hizo Lefebvre, anticipándose en el tiempo, el concepto de espacio virtual de relación, la máxima expresión actual de la coexistencia, que es la red Internet?.

Ni siquiera hay centralidad posible en este nuevo marco. Es algo virtual, que no se corresponde con un espacio físico, un barrio, una manzana de oro, ni siquiera una sede gubernamental. **La centralidad es únicamente un proceso de interrelación telemática entre protocentralidades diversas ubicadas en espacios físicos distantes entre sí**. Y, del mismo modo que en los tiempos de *la urbe local* los ciudadanos, habitantes de la urbe, tenían la posibilidad de acercarse a la centralidad, a los espacios físicos del poder, económico, político o cultural, en la urbe global todos cuantos participan de la nueva cultura urbano-global y forman parte de la red virtual tienen acceso en tiempo real a las centralidades,

sin tener que desplazarse más de lo que tendría que hacerlo un ciudadano de la periferia de las ya extintas metrópolis.

El problema analítico mayor es que nos faltan todavía conceptos para denominar estas nuevas categorías funcionales, por lo que debemos seguir utilizando todavía, con modestia, los conceptos caducos de ciudad, urbe, metrópolis, campo, etc. Pero hablamos siempre del territorio de la urbe global.

La ciudad y el territorio de la red, en los albores del Tercer Milenio

Pero vivimos en materialidades, se dirá con razón (“o en eso creemos vivir”, responderán quizás los idealistas recalcitrantes). Nuestras ciudades se **localizan** en determinados territorios, que nuestros sentidos perciben como algo diferenciado de **la** ciudad. Por ello debemos atender no sólo a la propia interpretación *territorial* de la ciudad, sino asimismo a la interpretación del papel que el propio territorio cumple en ese modelo.

Naturalmente –desde mi perspectiva- los usos del territorio y su relación con la ciudad -es decir, su forma y su función- vienen determinados por las relaciones y los medios de producción, y mediados por ciertas construcciones mentales y estilos de relación con la Naturaleza, es decir estilos culturales, además de por el propio entorno ambiental físico. Aunque estamos muy lejos aún de poder determinar mediante qué mecanismos concretos ocurre eso, creo que el modelo que se propone puede constituir siquiera una pequeña ayuda para avanzar en esa dirección. Al menos puede ayudarnos a racionalizar el aparente caos en que el mundo real, en este caso el territorio, se nos aparece, al ubicar las tendencias actuales en una cierta línea histórica.

De la terra ignota

Aunque no tenemos recuerdo histórico de cómo los hombres anteriores al neolítico utilizaron el territorio, tenemos la certeza de que en cuanto a la Humanidad le fue posible se estableció en asentamientos permanentes, refugiándose de una Naturaleza que le era hostil. En realidad, el hombre nunca ha vivido -fuera del mundo de los sueños y de la utopía social- en armonía con la Naturaleza. Sólo ahora, tras cien siglos de lento progreso, ha alcanzado las capacidades necesarias para lograrlo.

Y aunque la forma en que -sobre todo a partir de Kingsley Davis- se ha descrito la urbanización del mundo, ha llevado a pensar que la población humana haya pasado de estar dispersa por campos y bosques a amontonarse en las grandes ciudades, el hecho cierto es que la inmensa mayoría de la población vive en asentamientos estables con cierto nivel de urbanización desde hace al menos cuatro mil años. El poblamiento disperso ha sido históricamente más raro de lo que lo es actualmente.

Cuando el hombre descubrió la agricultura, pudo establecer en torno a sus asentamientos un sistema de producción permanente de alimentos. Los mismos factores tecnológicos que le permitían producir alimentos le facilitaban la conversión de algunos fragmentos de naturaleza en espacios que reproducían la utopía ancestral de una armonía en la que la Naturaleza no agredía al hombre, sino que se le ofrecía. El sueño del paraíso de la utopía judaica se materializaba en los jardines interiores a los muros de la ciudad, y en las huertas de su entorno. Pero más allá de esos pequeños espacios *conquistados* a la Naturaleza, se extendía la *terra ignota*, el espacio del temor y la incertidumbre. Es justamente la idea que transmiten los primeros mapas.

Efectivamente, el territorio externo a los asentamientos humanos ha sido, en la mayoría de las culturas, un lugar oscuro y desconocido, espacio de hadas pero también de belicosos monstruos. El hombre penetraba con temor en esos territorios, a dotarse de algunos recursos como la caza, la madera y unos pocos minerales conocidos; si bien la capacidad de soñar siempre hizo imaginar al hombre que, más allá de los bosques impenetrables, había lugares donde los perros se ataban con longanizas; y aunque ciertamente no los había, sí existían otros grupos encerrados en sus pequeños territorios humanizados, con los que, cuando unos pocos se aventuraron a encontrarlos, pudieron intercambiar bienes e ideas.

Podemos suponer que, en dicho estadio, los asentamientos humanos, con mayor o menor carga de urbanización, constituían unidades predominantemente autosuficientes, gracias a los recursos de su entorno más inmediato. Sin embargo, las teorías difusionistas de los antropólogos nos permiten deducir la existencia de cierto tipo de relaciones entre asentamientos cercanos y/o lejanos entre sí, aunque dado el determinismo de *lo natural* tales relaciones e interacciones debían ser fuertemente aleatorias, ni siquiera en todos los casos basadas en caminos o rutas preestablecidas.

No obstante, el desarrollo de asentamientos netamente urbanos, ciudades más poderosas ubicadas en ciertos enclaves privilegiados -determinados por la mayor facilidad de dominio del entorno ambiental, además de por situaciones estratégicas en ciertas rutas estables- debió modificar tal situación primigenia, determinando el establecimiento de flujos más o menos permanentes de interacción, circulación de materiales, energía concentrada -en forma de alimentos, productos energéticos, y en su momento monedas- o información, con una tendencia creciente a la jerarquización.

Por otra parte, no nos cabe duda alguna de que fue el dominio de la Naturaleza el principal desafío de la Humanidad durante varios milenios. Como al enemigo, se la observó sistemáticamente; los viajeros descubrieron cómo otras comunidades habían encontrado algunos de sus *puntos débiles*, y estos se difundieron multiplicando los conocimientos. Y al cabo, el hombre llegó a la conclusión de que no era una brizna de hierba a merced de *Los Elementos*, sino que podía llegar a ser su señor. Lo que Weber definió, al analizar la formación de las sociedades modernas, como un '*desencantamiento del mundo*', equivale a lo que historiadores de la cultura como McFarlane han descrito como '*el paso de una cosmología*

mágica, pre-moderna, pre-capitalista, a una cosmología moderna, capitalista, científica". Lo cual a su vez implica la idea de un mundo ordenado, medido en el espacio y en el tiempo, como apuntó Lewis Mumford.

Los bosques, las zonas pantanosas que habían atemorizado a los hombres, se convirtieron así en fuente inagotable de recursos para su progreso material. No debemos olvidar que las primeras chimeneas fabriles se elevaron no en las ciudades, sino en los campos, cerca de las minas, de las materias primas y de la energía (fósil o hidráulica). La Sociedad Industrial *conquistó* sistemáticamente el territorio, organizándolo en función de las necesidades productivas.

Sin embargo, en el punto álgido de la Sociedad Industrial no era la dispersión lo que primaba, sino la concentración en las grandes ciudades. A lo largo de la primera mitad del siglo XX, en los países industriales, se produce un no menos sistemático vaciado de los espacios rurales, en la medida en que sólo en la ciudad industrial la división del trabajo posibilita la sucesiva incorporación de nuevas oleadas de pobladores a *los beneficios del progreso*. Las mismas revoluciones tecnológicas que incrementaban la productividad industrial, poniendo al alcance de mayor número de gente los bienes materiales, incrementaban a su vez la productividad agraria y producían excedentes laborales, arrojando de los campos a las ciudades a los campesinos 'improductivos'.

La crisis de los sistemas urbanos de la sociedad industrial

La Sociedad Industrial es, por naturaleza, la Sociedad Urbana. Un gigantesco organismo que debe alimentarse y produce desechos. Diversos autores plantearon en los años '60 los términos del metabolismo de las ciudades, definido como la suma de todas las materias y productos que aquélla necesita para el sostén de sus moradores. Un proceso además imparable, apuntó tempranamente Bertrand de Jouvenel, pues como en el metabolismo orgánico, *"no sólo implica una combustión, sino que la continuación ininterrumpida de ésta -la respiración- es condición para la prosecución de nuestra vida"*.

La función del territorio pasó a ser entonces la de **soportar**, en el sentido más amplio, el metabolismo de las ciudades. Y la planificación en este contexto, tanto la económica como la urbanística, adquirió la función de otorgar racionalidad legitimadora a este proceso, intentando ordenar la gestión de unos hinterland que, en las condiciones vigentes, se mostraron a corto plazo incapaces de soportar los efectos del metabolismo. La oposición campo/ciudad, o rural/urbano, tenía ciertamente un sentido de lucha seminal por el control del territorio, y es visible justamente en ese mismo periodo histórico.

Aunque a partir de mediados del siglo XX las cosas habían empezado a cambiar: se había iniciado la transición, en la que en la actualidad nos vemos envueltos, hacia la Sociedad Telemática.

Describir cómo se inició el proceso va más allá de los propósitos de este texto, pero creo necesario señalar someramente al menos algunos hitos fundamentales que han marcado una lenta transición de la que no siempre hemos sido conscientes.

En primer lugar la Revolución de las Comunicaciones -antes aún que la de las

telecomunicaciones-. La constante aceleración en la velocidad tanto de la comunicación entre las personas como del transporte de mercancías y personas hace innecesaria la concentración en las ciudades de las estructuras productivas -y por supuesto las residenciales-. El proceso de dispersión de actividades fue inmediato, y el uso de la tierra en vastos territorios empezó a reflejar, como diría Jean Gottman, *"la variedad de formas de vida de su gente y el poderoso influjo de la ciudad"*. En las últimas cuatro décadas hemos asistido a un proceso sistemático de dispersión, iniciado en los Estados Unidos en los años '50, y luego generalizado en todos los países industriales.

En segundo lugar las sucesivas revoluciones tecnológicas (tanto la electrónica e informática, la óptica, la invención de nuevos materiales, la biogenética, y por supuesto las telecomunicaciones) que han generado nuevas formas de producción no basadas en la industria pesada y que, con el conveniente sostén de infraestructuras de comunicación, contribuyen aún más a la dispersión productiva en lo que llamo *la urbe global*.

En tercer lugar la fragmentación social y económica. La división urbana del trabajo ha propiciado la disgregación de los grandes grupos sociales (clases sociales, comunidades con raíces comunes, etc) en una miríada de grupos de interés, cohesionados por todo tipo de factores sociales, desde las relaciones de producción a los sistemas de creencias. La diversidad social se ha acentuado enormemente.

En fin, hay que hacer al menos referencia al cambio de valores que se inicia en los años '60 -a partir del momento en que en los países industriales la población encuentra satisfechas sus necesidades básicas-, hacia los llamados *valores post-materialistas*, que han permitido la aparición de un *'empresariado moral'* capaz de organizar redes de presión y que se erigen en promotores de usos socialmente admitidos para el territorio.

En correspondencia con todos estos factores, asistimos a la propia fragmentación de la ciudad, que el urbanista español Ramón López de Lucio expresa en estos términos: *"el espacio urbano, como globalidad, se fragmenta en multitud de piezas más o menos alejadas entre sí; se rompe la continuidad, característica de la urbe hasta ahora"*. Lo que no es, en realidad, sino el proceso de constitución de la urbe global.

El territorio de la red en la urbe global

La desconcentración que se produce al iniciarse la decadencia de la Sociedad Industrial ha provocado la transformación del propio concepto de *urbanización*. Como he apuntado, ya no cabe referirlo únicamente al desplazamiento de población hacia las ciudades -aunque se siga produciendo-, sino también y sobre todo a la extensión de la cultura urbana al conjunto del hinterland de las ciudades. Lo cual, por otra parte, convierte en ineficiente la tendencia a la concentración demográfica en los grandes centros dominadores del sistema urbano, posibilitando la recuperación, primero en los países más avanzados, de las pequeñas y medianas ciudades.

Es lo que ha conducido a que la contradicción entre lo rural y lo urbano haya dejado de estar vigente. En los países avanzados no puede hablarse ya de *espa-*

cios rurales y espacios urbanos, sino de una continuidad isomorfa de carácter urbano, rota tan sólo en algunas *islas*: en unos casos, pequeños núcleos perdidos en el espacio y el tiempo, que mantienen relativamente viva la *cultura rural*; en otros, grandes metrópolis, que aportan una nueva *cultura metropolitana*, cosmopolita y global, no suficientemente definida pero esencialmente distinta a su vez de la *cultura urbana*.

A cambio, ahora podemos entender la dialéctica campo/ciudad en un sentido mucho más estricto, como relación entre lo que se entiende por continuum edificado, o suelo urbano en términos de planeamiento, y su territorio circundante²¹.

Naturalmente, estos modelos no son universales. Hay espacios que **parecen** anclados en un punto temporal indefinido, cuyo suelo rústico parece responder al concepto ideal que todos tenemos de Naturaleza²². Aunque las fuerzas a las que vamos a referirnos se pueden detectar incluso en tales espacios, fundamentalmente aparecen en el entorno de las grandes ciudades, y más aún en aquellos territorios tremendamente complejos de economía mixta, agroindustrial pero con un creciente peso del sector servicios, que constituyen las zonas agroganaderas más ricas.

La competencia por el uso del recurso 'tierra' y su efecto en el planeamiento

En este sentido, hace casi tres décadas²³ inicié una reflexión sobre las interrelaciones entre la estructura, la forma y la función del territorio exterior a las ciudades, tomando como elemento de análisis la competencia que diversos agentes ejercen, expresada en términos de *competencia por el uso del recurso tierra*.

A medida que percibimos cómo desaparece la oposición dicotómica campo-ciudad, al estructurarse el territorio de los países desarrollados en ese continuo crecientemente isomorfo al servicio de la red urbana global, llegamos a la conclusión de que los protagonistas de la competencia ya no son *los campesinos* frente a *los urbanitas*, sino una especie de *todos contra todos*. Exactamente igual a como en la Naturaleza distintas especies compiten por el territorio, además de competir además a nivel interno los miembros de cada especie.

Así, los ecologistas urbanos compiten, pretendiendo un uso bio-arqueológico de

²¹ Desde una perspectiva normativa -la del planeamiento urbano-, deberíamos pasar a ver el conjunto del término municipal (o el conjunto de términos municipales, si nos enfrentamos a un planeamiento de ámbito comarcal o regional) como un recurso que cumple funciones muy diversas, que satisface a grupos sociales y económicos muy diferenciados entre sí, y que como veremos genera a menudo una fuerte competencia. Compatibilizar todas las demandas y necesidades manteniendo un equilibrio entre ellas, y manteniendo a su vez un equilibrio entre las alternativas *conservación y desarrollo*, es el gran desafío del planeamiento del siglo XXI.

²² Me resisto a utilizar el término *Naturaleza*, por cuanto la Naturaleza no existe en las sociedades desarrolladas. El campo, el espacio rústico, lo rural, es el resultado de la acción civilizatoria del hombre a lo largo de siglos y aún milenios. La Naturaleza es un espacio ideal que incluso como concepto surge muy tardíamente en la historia de las ideas, en el marco del Renacimiento, cuando el hombre occidental alcanza la percepción de que la ha perdido para siempre. Hoy la Naturaleza es casi exclusivamente, como decía Lefebvre hace casi medio siglo, un reclamo publicitario.

²³ En el curso del planeamiento del suelo rústico en espacios tan dispares como el Alfoz de Burgos, Alicante, el Somontano del Moncayo, el Pirineo aragonés, Badajoz o el Puerto de Santa María, así como analizando el sector agrario de regiones *rurales* como La Rioja y *urbanas* como Madrid

ciertos suelos caracterizados como '*espacios naturales*', con los *domingueros* (que los desean para un uso recreativo-residencial), las grandes corporaciones (que los precisan para instalar sus plantas de producción o sus instalaciones de ocio) o el propio Estado (que puede precisarlos para ubicar sobre ellos grandes infraestructuras o equipamientos). Pero a su vez todos ellos, *urbanitas* en suma, compiten con *los rurales*, que pueden precisarlos (compitiendo a su vez entre sí) para la agricultura, la ganadería, la producción forestal o la caza, usos a veces incompatibles entre sí (la ganadería caprina con la producción forestal intensiva, por ejemplo; la caza con la producción agrícola intensiva de regadío; etc).

Algunos parques naturales, como el de Doñana en el Sur de España, son ejemplos paradigmáticos, en los que hemos visto competir a biólogos conservacionistas, agricultores de regadío, ganaderos, cazadores, urbanizadores y al propio Estado; obviamente la alianza entre conservacionistas y aparato del Estado ha supuesto su institucionalización como Parque Natural, pero un juego de alianzas distinto podría haber conducido a otro resultado.

No se trata, estrictamente, como tradicionalmente creíamos, de una oposición conservación versus desarrollismo. Hay competencias dentro de lo que podríamos llamar el *bloque histórico productivista*: los promotores inmobiliarios y turísticos compiten con las grandes factorías potencialmente contaminantes; unos y otros con las explotaciones mineras; los propios usos infraestructurales, dirigidos funcionalmente en beneficio de la maquinaria productiva, pueden hallarse en competencia con otros usos productivos agrarios, industriales o inmobiliarios. Y hay también, cada vez en mayor medida, competencia dentro del supuesto *bloque histórico proteccionista*: de hecho los agricultores, que inicialmente fueron los mejores aliados de los ecologistas en los países avanzados, han terminado por convertirse en objeto de los más duros ataques por parte de los ambientalistas.

Del juego de interrelaciones y alianzas, es decir de las posibilidades de comensalismo entre distintos agentes en competencia, dependerá el uso final que funcionalmente se asigne a ese espacio protegible. Los grupos o alianzas pueden conseguir que el espacio sea *protegido*, o asignado a otros usos, en función de su capacidad de influir en la toma de decisiones colectivas. Es así, y no en otros sentidos, como podemos hablar de lo que denominé hace casi dos décadas una ***construcción social de los espacios naturales***.

Considerar estos procesos supone ir más allá de los habituales análisis del territorio, centrados casi exclusivamente en dos aspectos: la **estructura** (del suelo, de la diversidad biológica, de la propiedad, de las explotaciones) y la **forma** (paisajes, cultivos, parcelación...). Hay que añadir un tercero: las **funciones** que cumple el territorio, cada vez mayores y más complejas, y hoy en día casi siempre metaagrarias. En el informe que dirigí junto a Mario Gaviria, *El campo riojano* (1984) apuntaba cómo el **recurso tierra** cumple hoy funciones muy diversas, destacando como esenciales las siguientes:

- a) Conservación de la vida (conservación de la biomasa)
- b) Producción agraria
- c) Explotación de recursos naturales (minas, aprovechamientos fores-

tales y cinegéticos, etc)

- d) Descongestión de la ciudad como:
 - 1) soporte de actividades industriales o de servicios molestos, insalubres y peligrosos
 - 2) soporte de servicios y dotaciones particulares o institucionales que requieren unos espacios caros dentro de los cascos urbanos
- e) Crecimiento y desarrollo residencial de las propias ciudades y pueblos
- f) Soporte de redes de transporte y comunicación (carreteras, líneas eléctricas y telefónicas, ferrocarriles, canales y conducciones de agua, etc) entre los nudos de la red urbana global.
- g) Descanso y bienestar para todas las capas sociales, si bien compartimentados los espacios por clases y estratos.

Más tarde, en un informe sobre la agricultura del Área Metropolitana de Madrid (1985) mostrábamos tantos usos no agrarios en el territorio supuestamente rústico como nunca hubiésemos podido imaginar. Nada menos que 177 usos concretos y distintivos, desde centrales térmicas a recicladores de materiales de construcción, pasando por usos tan peregrinos como centros de amaestramiento de perros de seguridad, empresas pirotécnicas, clubs de tiro, cuarteles, centros de investigación inmunológica, grandes lavanderías asépticas, mercado de ocasión de camiones, guardamuebles, seminarios, residencias de animales, cárceles, casinos de juego, escuelas taurinas, clubs de alterne, frontones, grandes antenas de seguimiento espacial y un largo etcétera, en el que se incluía también, obviamente, el uso agrícola.

Es la confluencia de todas estas funciones diversas, este sinnúmero de usos diferenciados, junto a los propios núcleos urbanos existentes, lo que otorga personalidad al territorio. Si consideramos al suelo rústico como un *espacio ignorado*²⁴, esa multitud de funciones se desarrollará de forma desordenada, provocando disfunciones y contradicciones, no sólo entre el medio ambiente y el desarrollo urbano (o edificatorio), sino también entre la industria y la agricultura, o entre ésta y las necesidades dotacionales, de ocio, etc²⁵.

²⁴ Bien ignorándolo, como ha venido ocurriendo con el planeamiento tecnocrático tradicional, bien superprotegiéndolo hasta imposibilitar cualquier actividad, como ocurre con el planeamiento tecnocrático ambientalista de nuevo cuño.

²⁵ Tales planteamientos tuvimos ocasión de aplicarlos en el planeamiento urbanístico con ocasión de los estudios previos para la revisión del PGOU de Alicante, realizados por EUSYA. Mientras los mapas, e incluso los recorridos superficiales del territorio, nos mostraban un espacio *ignorado* por los planificadores, el trabajo (serio) de campo ponía de manifiesto que en absoluto estaba *vacío*. En todo caso podríamos hablar de un vacío imperfecto, lleno de cosas, actividades, apetencias, en suma tensiones. La observación más somera mostraba la existencia de poblamiento disperso, reglado o irregular; redes de comunicación y transporte (caminos y carreteras, redes eléctricas y telefónicas, canales y redes de abastecimiento y saneamiento); agricultura ultrintensiva de regadío, que era todavía en 1981 -dado su poder económico- un poderoso agente competidor en la utilización del territorio; usos extractivos (mármol, yesos, cemento, arcillas..., pues en la medida en que los recursos lo permiten la ciudad se construye con materiales de su entorno); aprovechamientos forestales. Además, la densa malla de redes de comunicación y abastecimiento había facilitado la ubicación de actividades molestas, insalubres o peligrosas, o que requieren grandes superficies de suelo, con un elevado coste en suelo urbano. Y en la medida en que el territorio cumple asimismo una función de ocio, descanso y bienestar para los habitantes de los cascos urbanos, las distintas clases sociales habían venido ocupando distintas zonas (casi todas de forma ilegal) para segunda residencia. De ahí que en mi interpretación general del territorio no hablase de un suelo no urbanizable, sino de la necesidad de considerar tres tipos de espacios, "*urbanizados con intensidad variable*": el casco urbano, los territorios suburbanizados, y los territorios semideser-

En suma, hoy podemos decir a ciencia cierta que el desierto no existe. El aviador que protagoniza la famosa historia de Saint Exupéry no hubiese sido visitado por ningún *principito*; ningún viajero de otro planeta se atrevería a descender ante la intensidad de tráfico actual.... Aventureros, probadores de coches, arqueólogos, geólogos a la búsqueda de petróleo o de minerales, biólogos buscando la planta salvadora contra la sequía, adoradores del sol, o de la luna, o de la arena, o del yo perdido en la inmensidad... navegan incansables, por tierra o aire, a través de los desiertos geográficos, pero no sociales. Y si esto es así para los llamados desiertos, ¿cómo podemos seguir creyendo que el territorio de la civilización se resuelve en una dicotomía simple entre lo rural y lo urbano, atribuyendo además a lo rural alguna especie de vacío?.

La nueva dimensión de 'lo rural'

En la Sociedad Telemática el territorio, ni siquiera ese ámbito al que atribuimos la etiqueta de *rural*, menos que nunca va a poder ser considerado como Naturaleza, sino como un auténtico entorno ambiental (*environment*) que sostiene diversidad de usos, respondiendo a demandas no menos diversas. Aquí los intersticios en la red urbana global son cada vez más reducidos, y afectan simultáneamente a escalas de muy distinto nivel²⁶ -y en consecuencia la planificación territorial y urbanística tiene un papel importantísimo que cumplir buscando la convivencia de diversos y legítimos intereses que compiten por su utilización-. Se trata en suma de considerar el conjunto del territorio como objeto de la acción planificadora, analizándolo ya no como *Naturaleza*, sino como un espacio que forma parte intrínseca de *lo urbano*, tremendamente complejo en usos y funciones, estrechamente interrelacionadas entre sí y sobre el que agentes muy diversos y contrapuestos compiten por su dominio. El territorio de la urbe global ni es *el campo*, ni mucho menos *la Naturaleza*; su capacidad funcional como recurso es muy superior.

Quiero recordar que la idea de ciudad global fue anticipada en un sentido bien distinto por Yona Friedman, como *utopía realizable* en términos de proyecto que satisface la satisfacción de un grupo de seres humanos mediante el consentimiento de dicho grupo, es decir bajo radicales principios democráticos. Ciertamente, la Historia no ha terminado, y a las nuevas formas de la ciudad debe corresponder una nueva *utopía realizable*, una nueva construcción social en la que la Humanidad ejerza, ciertamente, como jardinera de la Tierra. El territorio, entonces, no es sino el jardín de la urbe global, con toda la implicación intraurbana que tiene el concepto de jardín. El hombre esperaba que, más allá de la *terra ig-*

tizados, que aunque atendían funciones muy complejas y aparecían relativamente habitados, no formaban parte del casco urbano definido.

²⁶ No olvidemos que la base ecológica de las ciudades no está en su entorno inmediato, sino en lugares dispersos y muy alejados del planeta, pues Mathis Wackernagel y William Rees evaluaron en 4,3 Has la base ecológica actual -el *footprint*-, para el año 1995, de un *urbanita* avanzado. El modelo de *urbe global* es pues un instrumento analítico fundamental, ya que en estos términos el entorno de los intersticios de la urbe sería el conjunto del planeta.

nota, hallaría el Jardín del Edén. Hoy se ve obligado a ser, él mismo, el jardinero de toda la Tierra si quiere sobrevivir como especie. Afortunadamente, cuenta con los principios morales, las capacidades y los medios técnicos necesarios para conseguirlo. Y un canon con el que aplicarlos: la sostenibilidad.

El nuevo canon: sostenibilidad

Sin embargo, el concepto de sostenibilidad es, todavía hoy, tremendamente ambiguo. Casi el único punto de acuerdo total lo encontramos en la idea, puramente normativa, de la *solidaridad intergeneracional*, algo que por lo demás no es menos ambiguo, dada la dificultad de definir los intereses de generaciones que aún no existen. Así, **socialmente** podemos definir la sostenibilidad como la supervivencia y felicidad del máximo número de personas; **biológicamente**, sin embargo, se entiende como el mantenimiento de la productividad de los ecosistemas naturales; y, en cuanto a la sostenibilidad **económica**, se entiende como la inevitabilidad del crecimiento económico sin otra consideración que el reconocimiento de los límites ecológicos que impiden dicho crecimiento. Otros autores van más allá de esas tres variables esenciales, y además de una dimensión social, biológica y económica de la sostenibilidad, hablan de las **dimensiones políticas y culturales**.

Sin embargo, esa ambigüedad lo convierte en un concepto abierto, al contrario de los tradicionales conceptos de modernización/desarrollo: la idea de sostenibilidad tiene un significado profundamente distinto en el marco de las actuales sociedades ricas, que en aquellas otras que se encuentran en vías de desarrollo, o simplemente postradas ante un desarrollo imposible. Además, el concepto debe ser entendido de forma sensiblemente distinta a nivel global, nacional o local.

Considerando sus dimensiones normativas hallamos también no pocas ambigüedades. En sus planteamientos más genéricos incluye la compatibilidad entre ámbitos y objetivos sociales, económicos y medioambientales; la equidad y la justicia social como un principio superior irrenunciable; el reconocimiento de la diversidad cultural y el multi-culturalismo; el apoyo al mantenimiento de la biodiversidad... Valores que, en la práctica, pueden llegar a entrar fácilmente en conflicto, por ejemplo la justicia social con la diversidad cultural o el multiculturalismo.

En lo que a los sistemas agrarios se refiere, el concepto de sostenibilidad es relativamente fácil de traducir: se trata, esencialmente, de asegurar la alimentación de las poblaciones actuales sin poner en riesgo la capacidad biológica que asegure la alimentación de las generaciones venideras; y hacerlo, además, asegurando que no se producen desigualdades injustas entre los distintos grupos sociales. Sucesivas conferencias internacionales, y especialmente la Cumbre de Río y la Agenda 21, han venido marcando el camino a seguir para conseguir esa sostenibilidad, promoviendo los siguientes cambios estructurales:

- a) eliminación de todo tipo de subsidios directos o indirectos que animen a la degradación o pérdida de recursos naturales;
- b) eliminación de los programas de apoyo a la agricultura orientados al mantenimiento de precios artificiales, y sustitución por programas de apoyo a la agri-

cultura que conserve los recursos;

c) reforma de los indicadores económicos del sector agrario, de forma que registren la degradación y pérdida de recursos naturales;

d) incremento de fondos públicos para la investigación de tecnologías apropiadas para una agricultura sostenible.

Hay dos aspectos claramente diferenciados. En primer lugar, los instrumentos fiscales, y de ordenación territorial, orientados a asegurar la sostenibilidad y mantener el *capital ambiental* para futuras generaciones. Y en segundo lugar, los aspectos sociales, que podemos concentrar en la seguridad de una política alimentaria capaz de sostener a la población de cada sociedad, y del conjunto de la población humana, en un lado, y de otro lado en el concepto, irrenunciable para otros promotores de la sostenibilidad, como Ignacy Sachs, de *justicia intrageneracional*.

Esto conlleva, en primer lugar, la consideración de los residuos de **campesinado** como grupo social cuya pervivencia y, sobre todo, cuyas funciones, es necesario discutir; y en segundo lugar implica la virtualidad de un modelo de desarrollo, o progreso social, esto es una idea de modernización, de la que todos los pueblos del planeta puedan participar y obtener los consiguientes beneficios.

Los dos espacios del planeta tecnológica, económica y socialmente más avanzados, Europa y América del Norte, han emprendido a lo largo de los últimos años políticas en esa dirección. Aunque en ambos casos partían de posiciones muy distintas respecto de cuestiones esenciales en este asunto, como son el papel del mercado, el Estado y la sociedad civil, observamos un proceso de confluencia en sus políticas: un fuerte peso de los principios agroambientales, una redefinición (por fin, tres décadas después de que las pusiésemos de manifiesto) de las funciones meta-agrarias del territorio, y consecuentemente una redefinición del rol de **agricultor** como agente económico multifuncional, no necesariamente orientado en exclusividad hacia la agricultura sino también hacia la conservación ambiental o incluso otros sectores como el ocio ambiental.

Tanto en Europa como en América existe conciencia de la necesidad de preparar a los agricultores para esa nueva situación, orientándolos hacia una forma de ocupación más diversificada, en la que la agricultura solo ocupa un tiempo parcial, en suma aceptando una idea de ruralidad muy semejante, aunque no exactamente igual, a la planteada por la utopía ecologista de los '70.

En los Estados Unidos, además, la mayor confianza en el mercado incluye una apuesta por la recuperación de la pequeña agricultura (*small farms*), orientada a la producción ecológica y en estrecha relación con los consumidores urbanos, a los que suministran directamente. Propuestas que parecían utópicas hace treinta años, como la agricultura sostenida por las propias comunidades urbanas mediante contratos-programa, son hoy una realidad que se extiende por los Estados Unidos.

Por supuesto, la agricultura sostenible no es necesariamente una agricultura justa, sino sencillamente una agricultura técnicamente compatible con el medio ambiente. La sostenibilidad incorpora una justicia diacrónica, inter-generacional,

pero no es necesariamente justa en términos sincrónicos o intra-generacionales. Los temas sociales siguen pendientes, especialmente el de la pobreza rural, crecientemente olvidada en los países desarrollados por el impacto de la pobreza urbana; en todos los países avanzados siguen persistiendo (no sólo en Europa, sino en los Estados Unidos) bolsas rurales de pobreza en la que persisten tendencias migratorias que pueden poner en riesgo la conservación del territorio. Así como está pendiente la necesaria preparación de la población rural para la convivencia multicultural, para la tolerancia frente a los extraños, dado que el trabajo agrícola va a ser realizado en su totalidad en Europa, como ya lo es en los Estados Unidos, por inmigrantes.

También hay confluencia entre Europa y los Estados Unidos en el creciente rechazo por parte de crecientes capas de la población hacia la división internacional del trabajo existente. Más allá de la sostenibilidad ambiental y social a nivel local, la globalización pone de manifiesto la inevitabilidad de una gestión sostenible, desde un punto de vista ambiental y social, del conjunto del planeta, lo que presupone una transformación radical en los esquemas del comercio. O los países ricos empiezan a comprar seriamente a los países más pobres lo único que realmente pueden producir, alimentos, o el planeta se dirigirá a una situación de caos de consecuencias impredecibles; o las fronteras del trabajo se permeabilizan, según el modelo de las fronteras del capital, o los riesgos de conflicto se agudizarán asimismo. Y ello sin olvidar que, atendiendo a las proyecciones más fiables, extensas áreas del planeta, como China, van a precisar en los años venideros de un fuerte incremento de importaciones de alimentos. Todo esto, obviamente, tiene unas consecuencias directas en nuestros campos.

Y un tercer aspecto en el que se produce la confluencia entre las políticas europeas y americanas es el de la regulación de los usos del suelo: a lo largo de los años '90 hemos asistido, en los Estados Unidos, a un proceso creciente de regulaciones federales y estatales sobre los usos del suelo, orientadas a la preservación no sólo de los espacios considerados *naturales de interés*, sino asimismo y muy especialmente en algunos Estados, de las tierras de cultivo, especialmente de las de mayor calidad; a imitación de la tradición planificadora europea, la regulación del crecimiento metropolitano estableciendo zonificaciones ha sido el instrumento preferido.

En cierto modo, la cuestión de la agricultura sostenible se desenvuelve en el marco de los conflictos por el uso del territorio que han caracterizado las últimas décadas de la sociedad industrial. O lo que es lo mismo, cualquier discusión sobre la sostenibilidad y la agricultura sostenible debe incluir a los *urbanitas* (y a los urbanistas) en el análisis. Podría expresarse la siguiente paradoja respecto a los campesinos del siglo XXI: por un lado van a dejar de ser ellos quienes decidan los usos del suelo no construido, siéndoles *expropiada* la capacidad de decisión sobre sus propiedades; pero, a la vez, ello se hace para garantizar justamente los usos agro-naturales del suelo, contribuyendo así a asegurarles su pervivencia en el territorio. Lo que el mercado no ha sido capaz de asegurar en los últimos doscientos años.

Lo que se deriva de estas tendencias es la configuración de un ***espacio rural complejo y multifuncional***, en el que veremos usos crecientes y a la vez una protección crecientemente intensa de todo aquello que la sociedad valora como importante.

En lo que a la agricultura y la ganadería se refiere, veremos la configuración de al menos dos modelos distintos de agricultura, que conllevan estilos organizativos y culturales contrapuestos pero que, al contrario de lo que algunos sostienen, pueden convivir perfectamente:

a) Una **agricultura industrial**, a la que atendiendo a criterios de mercado muchos empresarios agrarios, particularmente en las grandes explotaciones, van a preferir acogerse. Destinada a producir alimentos básicos y populares baratos, muy probablemente -al igual que lo han hecho las plantas industriales- tienda a trasladarse a los países en vías de desarrollo, donde los controles ambientales y los costes laborales serán menores durante años, a medida que el comercio mundial de alimentos se liberalice. No obstante, esta agricultura tenderá a ser cada vez más eficiente en el uso de inputs, especialmente energéticos, e irá reduciendo el uso de fitosanitarios químicos, con la ayuda de las modificaciones genéticas. En realidad, habría que hablar de una agricultura industrial *limpia*, según los principios del ambientalismo suave, asentada en los países más desarrollados, y una agricultura industrial *sucia*, todavía fuertemente impactante sobre el medio natural, en los países en vías de desarrollo.

b) Una **agricultura sostenible**, cuya función alimentaria será tan sólo una de las que se le atribuyan, pues también deberá contribuir a la conservación del capital ecológico para su transmisión a las futuras generaciones (o sea, conservar el paisaje).

Pero entre los sistemas agronómicos sostenibles habrá que distinguir primeramente una *agricultura respetuosa con el medio ambiente*, tecnológicamente avanzada y considerada con los consumidores, que permita atender simultáneamente a las necesidades de alimentos de calidad de cientos de millones de consumidores, así como a las necesidades de contar, para el disfrute de la ciudadanía, con un *campo* bellamente conservado, y todo ello sin agotar el capital biológico. La agricultura sostenible va a ser, por tanto, lo que denominé una *agricultura paisajística*, encargada tanto de alimentar como de conservar la biodiversidad.

Por tanto, la agricultura así recupera una función, añadida a la de producir alimentos, a la que tradicionalmente había respondido: la producción de espacio y diversidad biológica. Pero ahora el espacio y la biodiversidad no es, exclusivamente, para el uso y disfrute de los propios agricultores, sino del conjunto de la ciudadanía, por lo que la comunidad asume financiar la presencia de los agricultores como *jardineros de los intersticios de la urbe global*.

Y en segundo tendremos *agroecología* (una forma innecesariamente erudita de denominar a la agricultura ecológica), una variante especial de la agricultura sostenible, que por un lado intensifica las funciones meta-agrarias, y por otro lado permite la producción de un tipo de alimentos que, desde hace años, son cre-

cientemente demandados por determinados grupos de consumidores. La agroecología aporta un conjunto de beneficios ambientales, sociales y económicos.

Por supuesto que la agroecología no permite el abastecimiento de los 7.000 millones de personas que a corto plazo poblarán la tierra, ni siquiera de los trescientos millones de europeos, pero sí que permite alcanzar más eficientemente dichos objetivos: en primer lugar, la agroecología es, junto a la onerosa y crecientemente compleja política de parques nacionales, la mejor forma de proteger la biodiversidad, y mantener o incluso recuperar los paisajes rurales tradicionales; en segundo lugar, las producciones agroecológicas van a mejorar la calidad de vida de los consumidores, y enmarcada su producción en todo un programa de vida contribuirán también, indirectamente, a reducir los costes globales de determinados servicios públicos, como la sanidad; y, en tercer lugar, pero no con menor importancia, la agroecología genera empleo: tanto en el propio sector agrario, como en la industria alimentaria y los servicios avanzados. Dadas las propias características de la agroecología, desde la transformación agroindustrial hasta la investigación agraria, que debe centrarse en las características locales, buena parte del empleo generado por estas prácticas agronómicas es además de carácter local.

Naturalmente, todos estos cambios, tanto los que van a afectar a la agricultura industrial como los que implica la extensión de las distintas formas de agricultura sostenible, son inseparables de lo que hemos denominado *la segunda reconversión agraria*. Si entre los años '60 y '80, los agricultores occidentales debieron adaptarse a la penetración del capitalismo y el industrialismo en la Agricultura, quedando cientos de miles de campesinos en el camino, llega ahora una segunda reconversión, que no ha de ser menos traumática para el colectivo: hacia la multifuncionalidad.

Multifuncionalidad: la nueva clave para la supervivencia

Porque las producciones agrarias, de carácter industrial o agroecológico, sólo van a ser en el futuro un componente de las rentas rurales (no de las rentas de los agricultores, que en su gran mayoría van a seguir siendo únicamente eso: agricultores o ganaderos).

Un segundo componente fundamental va a ser algo que también creíamos una utopía posible hace treinta años y que finalmente se ha materializado: la producción descentralizada de energía. Los parques de energía eólica y solar (estos últimos menos avanzados) van a suponer un *flujo de caja* impresionante para quienes han sabido sobrevivir en las zonas rurales. Sus proporciones (y su impacto ambiental) apenas podemos atisbarlas todavía.

Un tercer componente va a ser la no por manida menos real fuente de complejización económica y social: el turismo rural.

Y en este marco aparece un cuarto componente: el patrimonio, bajo todas sus expresiones, alcanza auténtica carta de naturaleza. Tan sólo aquellos territorios que hayan sido capaces de aplicar criterios de sostenibilidad inteligentes podrán conservar un patrimonio, biológico y cultural digno de ser ofertado a los visitantes. Por supuesto, el patrimonio cultural ha de tener, para los espacios rurales,

funciones no sólo indirectamente económicas sino también identitarias, fundamentales.

...y al campo vamos (unas notas finales sobre neorrurales)

Desde que las ciudades empezaron a crecer en Europa, y luego en América, asistimos a recurrentes fenómenos de 'huida de la ciudad al campo'. Desde principios de la Edad Media han existido 'migraciones utópicas' al campo, en busca de la pureza de espíritu. Como los primeros anacoretas y conventos, muchas de las grandes reformas religiosas lo han planteado, y lo mismo han hecho los utopistas sociales, desde Owen o Fourier a los comuneros californianos, la Comunidad del Arca y tantos otros New Age de las últimas décadas del siglo XX. Como hemos visto, hubo planifadores españoles que ya en el siglo XIX intentaban alejar a los obreros de las tabernas urbanas recluyéndolos en el campo.

Sin embargo, siempre se han desencadenado excesivas expectativas sobre la importancia de este fenómeno. Conviene no perder de vista estas consideraciones para no caer en el sobredimensionado de un fenómeno que nunca ha sido, ni será, masivo, aún cuando pueda llegar a ser esencial en alguna pequeña comarca.

Ya las experiencias de Owen en los Estados Unidos, a partir de 1825, estaban basadas en elementos provenientes del medio urbano. Y, de hecho, casi todas ellas fracasaron, dejando recuerdo únicamente sólo en ámbitos propios de la sociedad urbana: la pedagogía y el urbanismo. Ninguna de las comunidades de Owen duró más de dos años funcionando según los presupuestos previstos. Y no más de dos años duraron las comunidades 'icarianas' promovidas por Etienne Cabet bajo presupuestos comunistas más radicales.

Probablemente el ejemplo más paradigmático de auténticos neorrurales sean los kibutz israelitas, que empezaron a formarse a principios de siglo con judíos emigrados de distintas partes del mundo, por supuesto de origen urbano en la mayoría de los casos, relativamente elevado nivel cultural, una profunda motivación ideológica socialista, y unas poderosas redes de financiación externa de la experiencia, en la medida en que se convirtieron en los adelantados del movimiento sionista en el proceso de reocupación del territorio de Israel (pero no hay que olvidar que no todo el campesinado israelita es kibutzin... hay agricultura privada, y otra parte importante se instalaron, a partir de la formación del estado israelí, en cooperativas, o moshav). Factores todos ellos que hacen del fenómeno algo único e irrepetible en la Historia rural del mundo.

Habría que hablar de los neorrurales forzados de la Rusia soviética, y especialmente de la China de Mao, impuestos como deportaciones, masivas o selectivas, de individuos o colectivos críticos para con el sistema (de las que las famosas zafra cubanas eran, como corresponde al estilo de *socialismo* cubano, más que nada una esperpéntica parodia).

Pero es, en aparente paradoja (no si lo enmarcamos en lo expuesto respecto al papel del territorio en la urbe global), tan sólo en las sociedades ricas, en las que agricultura ha perdido importancia, en donde pueden surgir ese tipo de fenómenos de forma viable.

De hecho en Francia se inicia un proceso de migraciones al campo entre jóvenes urbanos bastante masiva tras mayo del 68 y la crisis ideológica subsiguiente,

en el marco del desarrollo de las primeras grandes batallas ecologistas (que son rurales: nucleares, campos de tiro, ampliación de aeropuertos, autopistas, etc). En Estados Unidos se inicia en las mismas fechas aproximadamente; en 1971 se estimaron en unas 2.000 las comunas rurales existentes en los USA, concentradas por supuesto en unos pocos territorios despoblados, esencialmente en las zonas rurales de zonas montañosas.

En la segunda mitad de los '70 se asiste a un rebrote, esencialmente distinto del movimiento hippie o contracultural. La crisis económica lleva a muchos jóvenes urbanos a buscar en el campo una alternativa al desempleo, mezclando la necesidad con la virtud del discurso ideológico, muy influenciados por el ecologismo²⁷. Algunos de estos se han integrado, bien como agricultores, bien como artesanos residentes en el medio rural²⁸.

Y a partir de mediados de los '90 asistimos a una tercera oleada de 'neorruralismo', de características esencialmente distintas a todas las anteriores, que esta vez parece no tener fin. Y que, aunque algunos confunden con los de los '70, no tienen nada que ver. Esta vez los neorurales aparecen como empresarios del sector servicios (sobre todo hostelería y turismo rural), y más recientemente como trabajadores del cuaternario (teletrabajadores y telecreadores). Y llegan a unos pueblos plenamente dotados de equipamientos e infraestructuras básicas.

Pero si he introducido esta cuestión como remate del ensayo no es en relación a la propia composición de la Ruralia (cuestión que podría interesar a la Sociología Rural en general pero no se circunscribe al tema que nos reúne en este volumen), sino en tanto entiendo que, ahora sí, la tercera oleada de neorurales va a tener una enorme influencia en el desarrollo local, por cuanto en muchos casos están asumiendo incluso el liderazgo no sólo económico sino también social y político de amplias zonas rurales, consumándose así la urbanización cultural de estos espacios.

De hecho, estamos en cierto modo hablando de una versión de la '*edge city*', con las particularidades lógicas en un espacio cultural, como es el español, en el que al contrario que en los Estados Unidos existe un patrimonio (en su sentido artístico también, pero sobre todo en su sentido infraestructural) previo que puede acoger a los emisarios virtuales de la ciudad dispersa, que pueden 'alejarse' cada vez más de los centros urbanos gracias al desarrollo de las telecomunicaciones (y también gracias a unas cada vez mejores carreteras, y un crecimiento de la red de autopistas, trenes de alta velocidad, etc). Una dispersión a la que, en el caso español y en el de otros países europeos, viene ayudando mucho el alocado encaramiento de la vivienda dentro del perímetro de las ciudades.

En suma, y quiero terminar con esto porque creo que constituye el núcleo gordiano que va a marcar las dinámicas del desarrollo local/rural al menos durante

²⁷ Uno ejemplo paradigmático de aquella oleada lo constituye José Bové, líder mediático global contra la globalización, que llegó entonces al campo francés, pero no es un campesino.

²⁸ En España aparecieron como hongos, en las comarcas rurales más recónditas, a mediados de los años '70. En 1977 dediqué unos meses a recoger experiencias de comuneros (eran los únicos neorurales en la época) que publiqué en las revistas ANDALÁN y AJOBLANCO. Pero en un ensayo a modo de balance que publiqué en 1980 en la revista TRANSICIÓN, con el título de *Sobre la verdadera naturaleza de la vida en el campo, como refugio de ociosos e itinerantes* apuntaba con claridad el poco futuro que se atisbaba a aquellas experiencias. Aún así, en la investigación sobre el campo riojano que realizamos entre 1982 y 1983, dedicamos un capítulo a "Los que vuelven al campo", en el que todavía considerábamos, de forma errónea, que "la agricultura es la última salida a la crisis industrial que, en España, comienza a vislumbrarse cada vez más claramente". Era Ruralia una opción viable, efectivamente, pero no acertamos en el sector.

la próxima década, asistimos a la llegada de profesionales y ejecutivos que buscan un entorno ambiental de calidad, en pueblos o pequeñas ciudades que, por otra parte, tienen en la actualidad una buena dotación de servicios, pero a la vez relativamente cerca (en tiempo de desplazamiento, o telemáticamente), y esa es la clave, de las grandes ciudades. La inclusión de neoartesanos, y profesionales fugitivos de la ciudad, junto a los neoagricultores, cada vez más escasos, introduce sin duda un elemento de complejidad social y cultural nuevo en la Ruralia: ya no se trata de *hippies* ('maltrabajadores', como los llamaban en los pueblos), ni jóvenes de origen rural que retornan tras fracasar en sus estudios (o sea, aún más 'maltrabajadores'), sino de exitosos profesionales que controlan las redes que articulan los programas de desarrollo rural, o las gestionan como técnicos, y que en conjunto están haciéndose cargo de las riendas de Ruralia. Esperemos que sea para bien.

Badajoz, Agosto 2006-Enero 2007